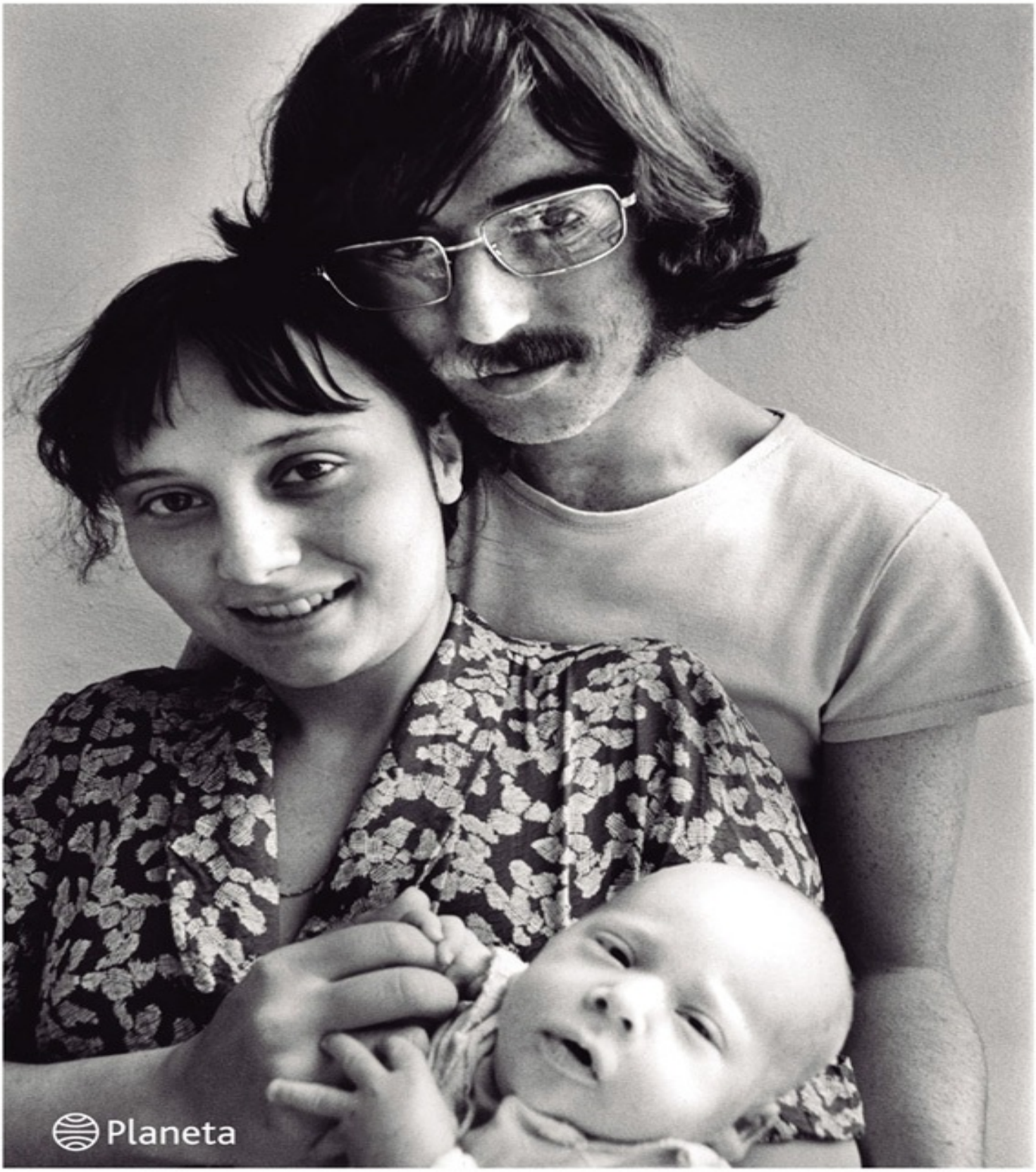
María Rosa Yorio

ASESÍNENME

Rock y feminismo en los años 70



Planeta

ASESÍNENME

María Rosa Yorio

ASESÍNENME

Rock y feminismo en los años 70

Yorio, María Rosa
Asesínenme / María Rosa Yorio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6719-4

1. Música Rock. 2. Biografía. I. Título.
CDD 781.660982

© 2019, María Rosa Yorio

Todas las fotos fueron cedidas por la autora y publicadas bajo su autorización

Diseño de cubierta: Juan Ventura para Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Foto de tapa: Uberto Sagramoso
Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: junio de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6719-4

Índice de contenidos

Portada

Prólogo. Un libro tierno, sincero, fuerte. Por León Gieco

1. Locuras juveniles, la falta de consejos

2. Yo soy

3. La mejor loca

4. La Bohème

5. Y el fantasma tuyo

6. La loba que me cuida

7. Antes de gira

8. Máscara de luna

9. Aglutinados

10. Tendremos un hijo si quiere venir

11. La venganza será eterna

12. Mientras no tenga miedo de hablar

13. Fabricante de mentiras

14. Con los ojos cerrados

15. Total interferencia

16. Asesina serial

17. Bienvenida a casa

18. Una voz

Quiero agradecer a…

Prólogo

Un libro tierno, sincero, fuerte

Por León Gieco

Es una suerte que, cuando niño o niña, *algo* te haya hecho sentir príncipe o princesa. Porque la vida puede un día taparte todos los caminos pero nunca podrá impedir que regreses al lugar de los recuerdos.

Una noche, un vino, un poco más
hacen girar notas tristes, la TV, la soledad
los días se aceleran, las semanas me sentencian
sé que soy un bocado más del tiempo.
La noche me regala sus estrellas
para sentirme bella y poder cantar.

(“Semana de una cantante”. Música: María Rosa, Letra: León Gieco)

Es cierto que frente al público masculino María Rosa respondía con soltura, sensual y divertida, también sexy y provocativa. Pero todos sabíamos que lo angelical ocupaba un porcentaje muy alto dentro de su corazón.

Yo, que toqué muchas veces con Los Desconocidos de Siempre, veía eso desde el escenario. Un día en el hotel, después de no sé qué actuación, escribí algo así…

Los talones de María
son redondos como el amor.
Parte del pie con escalón
sobre dos tacos de punta.
El resto, cubierto con cuero rojo
gastado en tanta ruta.
Pies que subirán más escaleras
para bailar mil canciones nuevas.

Son algunas de las frases de una letra que durmió más de cuarenta años en un cajón y que hoy sonríe al despertar para ser parte de este prólogo, para este libro que reconozco en lugares comunes y familiares, del mismo barro, de la misma sangre.

Ahora, a la distancia, valoro muchísimo a las mujeres que en el comienzo de los 70 se le animaron al escenario. Gabriela, Carola Cutaia, Diana Lengua Negra, no más. Por eso fue de mucha calidez que María Rosa formara parte de PorSuiGieco y Nito Mestre y los Desconocidos de Siempre, dos agrupaciones con las cuales he compartido canciones, micros, giras, hoteles, escenarios, caminos, abrazos, risas, besos, peligros, emociones, aplausos, sentimientos, recuerdos, miradas cómplices, soledades…

María Rosa, con su presencia, podaba cualquier brote de machismo (si es que lo había en nosotros). Nos hacía mejores personas, más delicadas. Lo conseguía con una naturaleza diferente al resto del rock, que en esa época era casi todo varonil.

Iniciábamos, sin querer, una nueva etapa del rock nacional. Lo acústico, lo poético, lo político y con un plus especial; una presencia femenina que para esa época era casi revolucionaria.

Cuando María cantaba su *set* sola con la banda —tres o cuatro canciones en la mitad del show— la sala se tornaba de otro color, tenía otro aroma, había otras expectativas, se escuchaban otros aplausos. Y cuando en los bises cantaba “Blues del levante” los chicos presentes hacían su propia película de sexo, droga y rockanroll; se llevaban a la casa, debajo del brazo, ese filme de ficción para mirarla a ella toda la semana. En cambio nosotros nos quedábamos con la estampita de Virgen María, con esa carita linda, inocente y bondadosa que decía “estoy preocupada, chicos, podríamos haberlo hecho mejor”.

Este libro cuenta todo esto y más. Es tierno, sincero, fuerte. Expone los interrogantes de toda la vida, los que nunca nos abandonan, los que todos tenemos.

Por eso está bueno que ella haya podido sacar lo escondido antes de ser *solo un bocado más del tiempo*.

1.

Locuras juveniles, la falta de consejos

Conventillo reciclado en Tacuarí y Venezuela:
“Oye hijo las cosas están de este modo…”.

Entramos a Tribunales tomados de la mano. Nos sentamos esperando que nos hicieran pasar al despacho del juez. Charly ya no era el chico tan raro y poco agraciado del primer Sui Generis. La mancha de vitiligo que le blanquaba la mitad de la cara estaba a su favor, creando el famoso bigote bicolor, el cabello color frutilla más largo y un guardarropa algo ampliado y divertido. No se me cae ningun anillo si digo que fueron “las chicas” las que lo pusieron lindo.

Entramos al despacho del juez —me llega a la memoria su sonrisa dulce—, que unos dias antes nos había mandado a repensar si estábamos seguros de querer divorciarnos.

La decisión estaba clara. Entramos. Firmamos las actas. Nos fuimos sin hablar, tomados de la mano.

En la esquina nos dimos un beso y yo me fui a la casa de Beba. Charly partió rumbo al coqueto (pero hotel al fin) Impala, en Libertad y Arenales.

2.

Yo soy

Seis añitos. “Máscara de luna”.

Soy una persona que está poniéndose de pie. A veces torpe y temblorosa, haciendo equilibrio en el medio de esta vieja casa de estilo francés en el barrio de Retiro.

Yo no debería estar aquí, pero volví y efectivamente aquí estoy, dispuesta a poner las cosas en orden y vender esta casa. Levanto la vista y puedo ver la sala donde nos tirábamos a dibujar y pintar. Allí está el balcón por el que vimos correr el agua de la gran inundación.

En aquel rincón, el teléfono negro donde recibí el llamado que me cambió la vida.

—Hay un dúo que hace una música que a vos te va a encantar.

La voz llega desde el pasado, interferida por la frecuencia del rock argentino.

En el medio pasó la vida. Una gran vuelta. Me perdí un poco para llegar al gran encuentro, pero no dejé la inocencia en el camino. De ahí mi torpeza.

Yo era pura poesía. Cuando niña, me sentaba en alguna de estas salas y escuchaba la música clásica que inundaba la casa. Mi papá, que era un gran melómano, abastecía el ambiente con discos y libros. Los pasillos estaban marcados con volúmenes de Chéjov, Tolstói, Pushkin. Al final, entre todas esas músicas y esas lecturas, se armaría el combo que engendró esto: una sensibilidad poderosa.

Yo era una nena confundida que siempre quiso a sus dos madres. Por un lado, mi madre biológica. Por el otro, Beba, una tía adinerada que no podía tener hijos y disputaba ese rol. Mi mamá era maestra y trabajaba en turnos de doble escolaridad para tener una buena jubilación. La hermana de mi padre, por su parte, quería que yo fuera una nena bien. De manera que durante todo el año lidiaba con las obligaciones domésticas. Pero apenas comenzaba el verano mi tía me llevaba a Punta del Este para pasar una larga temporada hasta marzo. Me ponía vestiditos de París y me trataba como a una princesa.

Mi mamá tenía preparada su propia forma retorcida de darme una lección.

Una vez, cuando tenía ocho años, abrí la puerta de mi casa y la vi conversando con una señora boliviana y su hija. La niña tenía la misma edad que yo y se llamaba Amy. Su familia vivía en la Villa 31, detrás de la estación de trenes de Retiro.

—De ahora en adelante esta chica va a vivir acá —me dijo.

Por suerte no odié a Amy. Fue mi hermanita y, con el tiempo, incluso nos escaparíamos juntas de casa. Pero el episodio reveló una parte jodida de mi madre. En el torbellino de su desesperación intentó resolver dos o tres problemas a la vez (incluyendo la limpieza de la casa).

Eran rollos muy comunes en las mujeres de aquella generación; confundían los roles y organizaban a su alrededor un mundo de terror y desamparo. No es bueno que la ley de una familia sea decretada por una persona que no está sana.

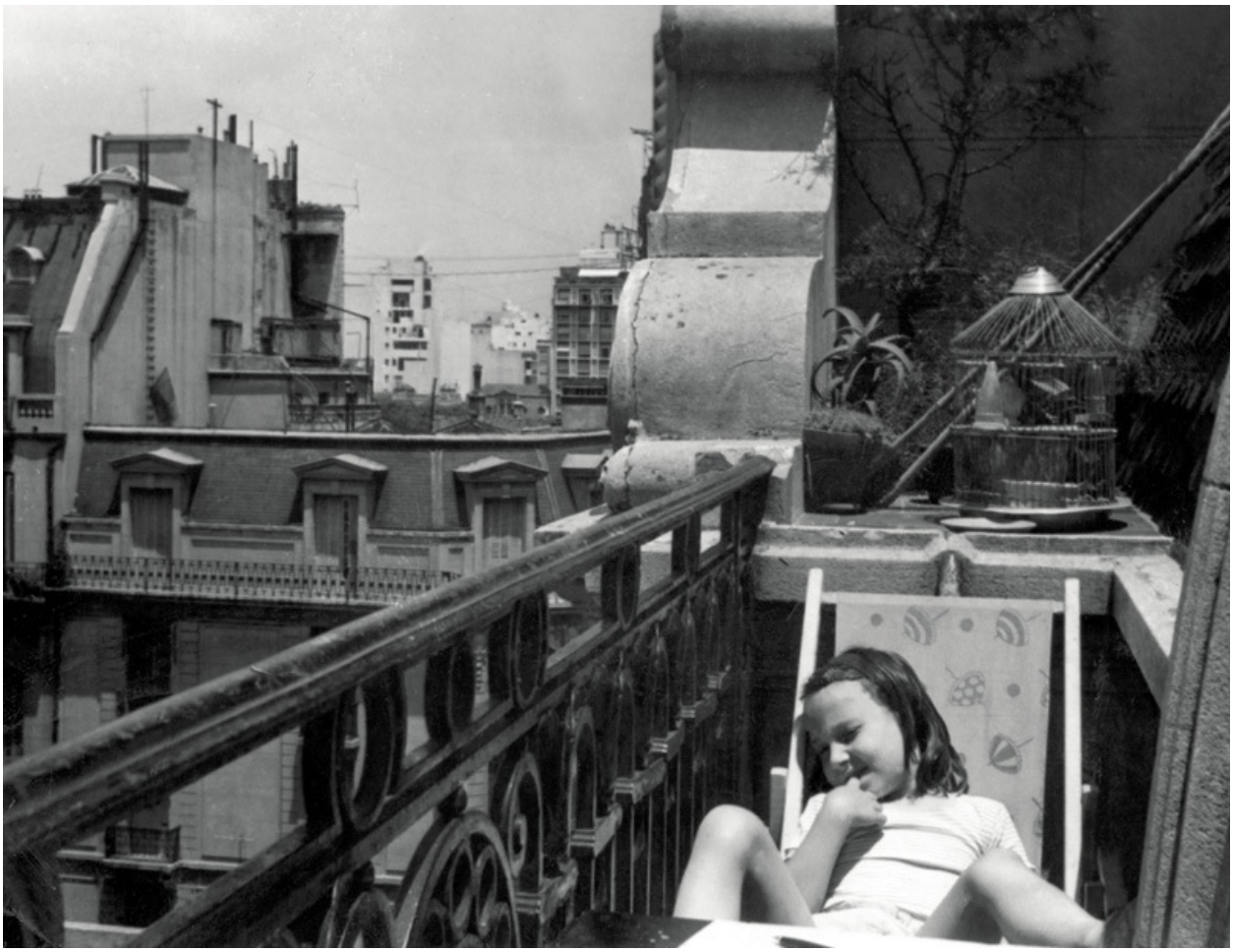
Para entonces, además de estudiar inglés y convertirme en *girl-scout* cada sábado, bailaba en el Colegio Nacional de Danzas. A los once, finalmente entré en el mundo del canto. En el invierno me ponía mi tapado largo de paño azul y recorría a pie el camino que me separaba del palacete donde ensayaba el Coro Nacional de Niños. Bajaba las escaleras hacia el sótano y allí estaban esperándome. Me quitaba el tapado y, mientras buscaba mi lugar en la cuerda, también buscaba mi lugar en la vida.

Un verano, durante mis días en Punta del Este, entré sola a un cine de avenida Gorlero para ver una película que aún no llegaba a Buenos Aires; se llamaba *Zorba el Griego*. Tendría unos doce años.

Salí de la sala completamente extasiada, pensando en el destino de Bubulina, el personaje femenino, y aquella gloriosa escena del baile. Giré sobre mí misma, extendí los brazos y me tiré boca arriba sobre el césped. Repetía una y otra vez la frase del personaje de Anthony Quinn:

> *Hay que estar un poco loco para romper las cuerdas de la vida y ser libres.*

Para entonces, mi papá trabajaba como corredor de calefones en la calle. En una ocasión, cuando pasaba caminando frente a una disquería, escuchó una música nueva e inesperadamente linda. “¿Qué es esto?”, le preguntó al vendedor.



“A llegar la primavera, Rosmery, tu amor solo mío será”.

Esa tarde se apareció en casa con un regalo. Era el primer disco de Almendra. Desde entonces, gracias a mi padre, canciones como “Fermín”, “Figuración”, “A estos hombres tristes” y muy especialmente “Ana no duerme” se hicieron carne en mí.

Mi papá tenía esas cosas hermosas. Pero no sé si alguna vez terminó de bancarse el hecho de que fuera yo la única que llevase un pensamiento poético. Había un mandato hogareño, parecido al castigo, para alguien que quisiera levantar la cabeza y aspirar a algo diferente. Mi propio padre fue el encargado de acercarme al dibujo y a la pintura, uno de mis hermanos era pro-Unión Soviética, el otro maoísta y una parte de la familia se vinculaba con el anarquismo. Sin embargo, a pesar de todo esto, no dejaba de ser un ambiente bastante machista.

De hecho, una vez que mi tía Beba se llevó a Amy, quedé exclusivamente a cargo de las cosas de la casa. Por la mañana, cuando mis padres se iban a trabajar y mis dos hermanos mayores a estudiar, me quedaba sola para hacer la

limpieza, ordenar y ocuparme de las compras. Lenguas Vivas, que quedaba a unas pocas cuadras, ahí cuando Carlos Pellegrini baja a Av. del Libertador. ¿En qué momento podía sentarme a estudiar?

En tercer año quedé libre, aunque algunas cosas del colegio permanecieron.

Entre ellas, amigas como Diana Lía y Patricia, que habían recorrido conmigo el jardín de infantes, el primario y los tres primeros años del secundario.

También permaneció el mandato del trabajo. Mi papá vivía como algo angustiante el hecho de tener en su casa a alguien que no trabajara. Comencé a vender libros en la calle y poco después entré en una óptica de Santa Fe y Pueyrredón. El arte seguía agazapado, listo para surgir.

Eventualmente, uno de mis hermanos me llevó al Teatro Coliseo a presenciar el estreno de *En persona*, el disco de Piazzolla con Ferrer, y me puse a estudiar canto en el Sindicato de Músicos que quedaba frente a la Plaza Libertad. “Chiquilín de Bachín”, por supuesto, se transformó en uno de mis caballitos de batalla.

El teatro entró en mi vida de la mano de Néstor Raimondi y su taller de formación escénica en El Vitral. Algunos de sus estudiantes fuimos convocados para interpretar a los locos en *Marat/Sade*, una obra basada en el encuentro utópico entre Jean Paul Marat y el Marqués de Sade. El director era el uruguayo Federico Wolf, un capo total; era, por entonces, una personalidad muy importante del teatro argentino. El momento de efervescencia política de ese tiempo se concentraba dentro del elenco. En medio de ese clima de época, uno de mis compañeros se transformó en mi pareja. Se llamaba Andrés Escalante y provenía de una familia adinerada que tenía una casa enorme en la avenida Alvear.

En su casa de Acoyte y Rivadavia, casi una mansión, después tuvieron que mudarse…

La familia Yorio: había música, poesía, altos ideales y mucha confusión.

Yo no había sido educada afectivamente y tenía poco barrio. El barrio de mi infancia y mi adolescencia era el centro de la ciudad; nunca tuve zaguán. Lisa y llanamente, no sabía cómo manejarme en la cama. Mi primera experiencia sexual fue, por lo tanto, decepcionante. Para colmo, en casa la situación era crítica y mi padre vivía traumáticamente mi acercamiento al universo del arte.

Me mantuve firme. Siempre supe que iba a dedicarme a cosas vinculadas al espíritu.

Con el tiempo comencé a tirar las cartas. Me gustaba jugar con el Tarot y más de una vez ese acto lúdico de imágenes y números me revelaba cosas —que no aparecían a simple vista— sobre las personas que me rodeaban. Lo que me decían las cartas tenía sentido.

Una noche, en un piso 18 de la esquina de Agüero y Beruti donde viví muchos años, me senté en el piso del living para tirar las cartas. Frente a mí estaba Diana Lía. A través de las ventanas se vislumbraba una panorámica de la ciudad. De repente salieron un par de cartas fuertes; cuando alcé los ojos, pude ver la caída de un árbol sobre la calle. Las cosas sucedieron. Dentro de mí, comenzó a crecer una sospecha. Quizás en algún momento averigüe qué me estaba deparado. Tal vez estaba predestinada a ser una persona espiritual.

Lo espiritual es casto, pero la castidad no es una cuestión moral; las personas que la practican consideran que no es lo mismo evacuar todo el tiempo tu energía sexual que conservarla. Esa energía se acomoda en otro sitio y asciende.

Para mí no sería nada extraño. Soy virginiana y tengo el espíritu tallado en mi nombre.

Yo me llamo María: Rosa de la Paz.

3.

La mejor loca

Canal 7. Su mamá, Carmen, hacía producción en el canal 7 y los metía de vez en cuando. Charly con un gesto muy SNM.

Sonó el teléfono. Era Diana Lía, una de las dos o tres compañeras del Lenguas Vivas que seguía frecuentando. Me parece estar viendo la escena. El hall de esta misma casa, el pesado teléfono negro, mis dieciséis años.

—Fumé marihuana —dijo—. La música son colores y los colores son música.

Me puse a llorar. En aquel momento, esa confesión era de otro planeta. Pensé que iba a enfermarse, que se iba a morir. Sentí vértigo.

Aunque todavía no lo sabía, empezaba a deslizarme hacia un mundo nuevo.

Mientras intentaba metabolizar toda esa información, Diana Lía dijo que había ido a ver a un dúo que hacía una música fantástica.

—A vos te va a encantar. Están los sábados en un teatro de Esmeralda y Lavalle.

Unos días después, mi novio Andrés y yo estábamos en la puerta del teatro ABC, en Esmeralda y Lavalle. Entramos.

El ABC, que luego se convirtió en una sala de *striptease* y cine porno, ya era por entonces una suerte de aguantadero; había tipos durmiendo despatarrados entre las butacas. Esa noche, para colmo, se había cortado la luz. Nos sentamos en la última fila y desde el fondo divisamos el escenario, iluminado solamente con algunas velas diseminadas aquí y allá.

Y entonces aparecieron estos dos muchachos. Para reforzar el clima de ensueño, se sentaron en medio del decorado de una obra de teatro que simulaba un dormitorio.

No había amplificación. Escuchábamos sus voces y el piano vertical sin ninguna mediación. Con la excepción de “Dime quién me lo robó”, que tenía tres o cuatro días, y “Toma dos blues” —la conocíamos como “Se va el tren” y Charly la compuso directamente en el estudio—, las canciones que tocaron aquella noche eran las que iban a integrar *Vida*, el primer disco de Sui Generis. También cantaron “Un hada, un cisne”, que ya estaba en el repertorio.

La música era una brisa llenaba de sorpresas. Las letras sonaban provocativas, valientes. Las melodías eran riquísimas y en algun momento del show Charly intercalaba una improvisacion de blues en el piano.

No era común en los grupos de música joven que utilizaran piano. Los

conjuntos que veía en *Sábados Circulares*, *Escala Musical* y otros programas de la televisión eran guitarrísticos. La flauta tenía un toque ciudadano y la voz de Nito, que alcanzaba —y aún alcanza— notas altísimas con ese timbre tan especial, se complementaba armónicamente con el registro de Charly. Juntos lograban un extenso rango vocal. El tapiz era surrealista, pero se entendía clarísimo. Fue un concierto virtuoso. Diferente.

Por lo demás, yo quedé encantada. En todo el sentido de la palabra.

Al sábado siguiente fui solamente con Diana Lía, sin mi novio, y me senté en primera fila. Estaba decidida a conocer a Charly. Ya por entonces entreví uno de los fetiches de su vida: entre canción y canción se tiraba sobre la cama de dos plazas del decorado.

Un rato más tarde, una vez que terminó el concierto, cruzamos la vereda y esperamos unos minutos enfrente del teatro, charlando de esto y aquello. Si bien era una chica muy dependiente de sus padres y parecía no tener vocación, Diana Lía era mi mejor amiga. A veces te sorprendía con algún comentario (sobre literatura, por ejemplo) y lo cierto es que, de no mediar su curiosidad, no habríamos estado en la puerta del ABC. Los músicos finalmente salieron del teatro y nos acercamos. Charly no era el estereotipo del joven agraciado. Como hacía pocos meses que había salido de la colimba, todavía tenía el pelo muy corto y usaba esos típicos anteojos de vidrio culo de botella. Cuando se los quitaba, no tenía una belleza tradicional. Algo pasaba con su rostro.

—Me encanta tu música —le dije.

Decidida y moderna para la época, le di directamente mi teléfono. Nada de andar histeriqueando. A los pocos días, Charly llamó a mi casa y quedamos en encontrarnos en una plaza que ya no existe más, en Carlos Pellegrini y Posadas. No era lejos de la casa de mis padres ni del colegio Lenguas Vivas.

Recorrí el camino a pie, rumbo a nuestro primer encuentro. No teníamos un mango para nada. Yo llevaba cigarrillos porque los conseguía de algún modo. Solamente tabaco, Jockey Club y Particulares para comunistas argentinos. El plan era una cita de cuatro, Charly y yo, Nito y Diana. Cuando llegamos ahí estaban, esperando en aquella plaza de la que únicamente sobrevive un árbol. Nito, vislumbré, era un tipo bueno y fachero que parecía arrastrar un bajón desde algún lugar profundo. Charly, descubrí, estaba de novio con una chica del elenco del musical *Hair*, una rubia de grandes ojos azules que se llamaba Maggie.

Pasó un buen rato y al fin Charly me abrazó. Yo estaba esperando eso. Era raro y simple a la vez. Él estaba de novio, no iba a engañar a Maggie. Aunque nunca me ocultó su relación, la situación drenó un sentimiento. Ahora que lo pienso es evidente que yo estaba realmente muy segura de mí, y que me parecía obvio que era la mejor. ¡Qué loca! ¡Qué loco…! Y pensé también que Charly no era la misma persona que escribía esas tremendas canciones en primera persona. “Quizás porqué no soy nada de eso es que hoy estás aquí en mi lecho”. Me llevó un tiempo entender su simpleza.

Como todos los jóvenes de cualquier época, en aquel momento Charly atravesaba sus propios problemas existenciales. Su familia, que tenía un pasado casi aristocrático, había caído en bancarrota y se había mudado a un pequeño departamento en la calle Vidt. Su padre se vio obligado a trabajar como profesor de Física y Química. Carmen, su madre, redobló sus tareas como productora de televisión.

Era una familia bastante numerosa y la plata no alcanzaba. Charly, en ese nuevo contexto, estaba en la mira. A comienzos de los 70 el rock argentino era completamente marginal y nadie podía saber qué podría pasar con su música. De manera que Carmen le consiguió un trabajo por medio de un concejal o un puntero político. El Señor Amoroso, lo recuerdo a la perfección.

En uno de aquellos primeros encuentros, Charly venía de hacer su ronda como Inspector Gastronómico.

—Me invitaron con un café —me relató muy ceremoniosamente.

No sé si realmente inspeccionaba algo. Solo iba a los lugares donde le decían que tenía que ir y firmaba donde tenía que firmar. Esta vez estábamos en la plaza de Esmeralda y Avenida de Mayo, a la vuelta de Radio Continental. Nos refugiamos detrás de unos cartelones inmensos y nos pusimos a chapar. Yo usaba unos anillos que a Charly le parecían demasiado. En general, le resultaba un poco concheta. Aunque ese día me confesó que me había visto mientras entraba al ABC. Él estaba apostado en un auto, en la puerta del teatro.

—Me gusta la gordita —fueron sus palabras.

“¿¡Gordita!?”, pensé. En aquella época pesaba 49 kilos. Claro que mi amiga, que era un poco más alta, pesaba solamente 40.

En una de esas primeras charlas donde nos contamos quiénes éramos, le solté de memoria algunos versos de “Los motivos del lobo”, de Rubén Darío (un

verdadero poema-documento que también estaba en aquella biblioteca de la infancia: *“el mínimo y dulce Francisco de Asís / está con un rudo y torvo animal”*. La repetida fábula humana donde se desprecia a *“la pobre bestia de Dios”*. La ausencia de amor en el corazón y esa repugnante soberbia del mundo defendiendo su propia ignorancia).

La figura de San Francisco de Asís conmovía especialmente a Charly. Una de las primeras canciones que cantamos juntos en aquellos días en los que empezábamos a abrir nuestro corazón fue “Padre Francisco”, de Miguel Cantilo. *Conesa*, ese disco jugoso, se convirtió en una costumbre esencial para nosotros.

Hicimos un lazo. Compartíamos un gran amor por Spinetta. Cantábamos y nos contábamos cosas. Charly, por ejemplo, me reveló la forma en que había zafado del Servicio Militar. No me asusté, todo lo contrario. Me morí de amor con ese tipo que había puesto una Coca-Cola en la mano del muerto y luego se había llenado de anfetas para simular un soplo.

A veces lo acompañaba a sus ensayos y a veces venía a verme en *Marat/Sade*, donde yo interpretaba a una de las locas.

—Vos sos la mejor loca —me decía a la salida.

Sui Generis en la Facultad de Medicina

"Búsquenme, me encontrarán, en el país de la libertad".

Yo me quedaba canturreando una canción de Aquelarre y Charly se

asombraba de mi capacidad para asimilar las armonías y meterme con un repertorio tan complejo. Yo era esa chica piola y bonita que podía seguirle el trote musical y no espantarse frente a sus locuras.

Era su aliada.

Empezamos a vernos cada vez más seguido, pero todo seguía siendo tan inocente. Las plazas, los besos, los paseos. No teníamos sexo porque él seguía de novio con Maggie. Una noche, en la casa de Pipi Correa, estaba sentada en su falda y la escena terminó por incomodarme. Me sentí una especie de trofeo. Creí ver una romántica doble moral. Según sus propias palabras, ¿era o se sentía “un pobre pibe”?

Poco después suspendí una de nuestras citas. Llamé por teléfono a Nito y, palabras más o palabras menos, le expliqué que había dejado de sentirme bien con la situación.

—Decile que no me llame más —le pedí—. Estoy sufriendo.

Pasaron unos pocos minutos y sonó el timbre del teléfono negro. Esta vez era Charly. Su mensaje era misterioso. Me pidió un encuentro en Young Man, el bar que estaba en Marcelo T. de Alvear y Pellegrini, para decirme algo importante. Mientras esperaba que se hiciera la hora de la cita, me tiré sobre la cama con un libro de Voltaire. Mis padres estaban de vacaciones en Chapadmalal. Sin el movimiento hogareño habitual, logré perderme en la lectura. Cuando reaccioné, se estaba haciendo tarde. Bajé velozmente a la calle y caminé hasta la puerta del bar. Charly estaba adentro, a punto de irse. Me senté y pedí un café.

—¿Querés ser mi mujer? —me interrogó.

La pregunta era un poco absurda y me tomó por sorpresa. Ese encasillamiento era una primera manchita dentro del magnífico cuadro de nuestro amor.

—Sí —le respondí.

Tomamos algo, pagamos y nos fuimos a mi casa para hacer el amor. En un momento estaba encima de Charly y levanté los ojos. A través de la ventana pude ver un cielo hermoso sobre Buenos Aires. Éramos novios.

4.

La Bohème

Con mis pininos con PorSuiGieco, teatro Kraft, calle Florida.
“Si me preguntas quién ha ocupado mis días, yo no lo sé”.

—¿Viene el transparente hoy? —me preguntó mi compañera de trabajo.

Parada frente al stand de Mercedes Benz en La Rural, la chica que estaba ahí conmigo vestía una combinación de ropa que yo veía por primera vez. Jeans con remera negra. Aunque estábamos en ese lugar para repartir los folletos que explicaban los beneficios aspiracionales de los automóviles alemanes, no éramos las típicas señoritas de exposición en minifalda. Rodeadas de personajes extraños, nos sentíamos en la frontera entre un mundo que terminaba y otro que presentíamos incierto.

De repente divisábamos una línea vertical y bamboleante que se acercaba y poco a poco cobraba algo de espesor. Un junco medio pelirrojo y mal rapado, con las marcas de la colimba, los pantalones emparchados y coloridos, una remera de tela delgada, alguna pulsera de hilo y una chapita colgando del cuello, los anteojos gruesos y negros para disimular la nariz prominente, las mil pecas y la mancha de vitíligo.

Me gustaban su boca y la profunda oscuridad de sus ojos. Su beso.

Luego el junco partía con la promesa del reencuentro para volver a convertirse en esa línea casi invisible. Nosotras seguíamos repartiendo folletos de Mercedes Benz. Llegado un punto, casi podíamos ver a través de él.

Charly era el transparente.

Charly siempre fue Charly en todos lados. Hasta donde recuerdo, la única persona que le decía Carlitos era Carmen, su madre.

El departamento familiar de la calle Vidt era, por lo demás, una casa normal. Se respiraba buena energía y lograban hacerme sentir muy cómoda.

Me parece ver el comedor donde cenábamos con sus hermanos, su madre y también su padre, a pesar de que estaban separados. Charly bromeaba siempre con Enrique, su hermano menor. A veces se ponía un poco cruel. Lo llamaba “Carulo” y lo gastaba por gordito. Se querían mucho.

Charly y yo terminábamos el día en su habitación, donde estaba su cama y el piano acústico vertical con el que cantábamos; me mostraba sus temas nuevos.

Incluso cuando todavía no pasaba absolutamente nada con la banda y no teníamos un peso partido a la mitad, Charly siempre fue muy serio con respecto a su música.

Salvo él, nadie sabía con certeza qué podía pasar con Sui Generis.

Tekla, la madre lituana de Nito, tenía tan poca esperanza en la carrera de su

hijo que ni siquiera lo dejó viajar para una gira de invierno, un par de recitales organizados por Pierre Bayona para la comunidad italiana o española en Mar del Plata.

Pierre consiguió un reemplazante llamado Petty Guellache y partimos hacia la Costa. El lugar de los conciertos quedaba en medio del campo. Allí, envueltos en un frío sureño impresionante, nos agarramos un pedo morboso y horrible. El alcohol destrabó las emociones de Petty Guellache, que se enamoró súbitamente de mí y empezó a correrme por el campo. Charly no le dijo “cortala que es mi mujer”. Como haría cada vez que alguno me tiraba una onda, sencillamente ignoraba la situación. En un punto, era bastante gracioso.

De regreso a Buenos Aires empezamos a pasar mucho tiempo en Phonalex. En aquella época no había demasiados pianistas en el rock argentino y su amigo Raúl Porchetto lo convocó para tocar en *Cristo Rock*. Fue la primera grabación de Charly en un estudio profesional, el puntapié inicial para una suerte de carrera trunca como sesionista del sello.

Frente a Phonalex estaba el Servicio Nacional de Rehabilitación. Era la locación escogida para filmar una película en la que yo interpretaba a una chica que ayudaba a un joven hemipléjico. A veces Charly me acompañaba al rodaje. Se sentaba debajo de un árbol y me esperaba. Su presencia incomodaba al director.

Apenas terminaba cada escena, me iba con él. Charly era muy cariñoso y tenía algunos rasgos de niño. Uno de ellos era su fonofobia; sentía estrés cada vez que hablaba por teléfono. También sufría un miedo primordial a las tormentas. Solía hacer a pie el largo trecho desde Vidt hasta mi casa, donde pasábamos mucho tiempo pintando en el piso de la sala.

“Poco a poco fui creciendo y las fábulas de amor se fueron desvaneciendo…”.

Charly se animaba con las figuras humanas. Por lo general él dibujaba y yo le ponía los colores.

Otra de nuestras costumbres era caminar desde mi casa hasta Retiro, subirnos al tren y bajarnos en San Isidro para tomar un helado. Su sencilla manera de agasajarme. Una de esas tardes, unos conchetos de la zona cuchicheaban en los banquitos de la heladería.

—¿Cómo puede ser que esté con esa mina? —decían.

Charly parecía no escucharlos pero estaba más acostumbrado que yo a los rechazos. Nos levantamos y paseamos por esas calles arboladas. De repente, mientras disfrutábamos del aire libre como dos adolescentes, comenzaron a llover monedas.

—¿De dónde salen estas monedas? —le pregunté—. ¿Cómo puede ser?

—No sé —me contestó.

Comprendí, como un rayo, que estaban siendo arrojadas con gomeras desde las casas que se recortaban a unos cien metros de distancia. Con ese método se encargaban de dejarnos bien en claro que era una zona exclusiva y que no dudarían en utilizar cualquier medio para echarnos. San Isidro no era, por cierto, el único lugar donde ya no éramos bienvenidos.

Nunca lo vi componer.

Seguramente, hoy estaría pispiando detrás de la puerta, con la oreja atenta para poder pescar algún soplo de ese precioso ritual. Charly, por entonces, no se dejaba ver. Una tarde, por ejemplo, nos fuimos a dormir la siesta y cuando desperté me dijo que había escrito algo durante ese rato. La canción, descubrí, estaba influenciada por Bob Dylan y "… De cartón piedra", un tema de Serrat que yo cantaba (se escuchaba mucho en mi casa y también terminaba con el protagonista en la cárcel: *"me encerraron en estas cuatro paredes blancas / donde vienen a verme mis amigos / de mes en mes, de dos en dos y de seis a siete")*.

Charly tomó la guitarra y comenzó a cantar los primeros versos de "Confesiones de invierno".

—No me parece muy buena —le dije.

La canción era preciosa y yo lo sabía. Pero algo que no lograba identificar comenzaba a permear nuestra historia. La letra, además, decía ni más ni menos que la verdad. Carmen había entrado en conflicto con el destino de su hijo.

"*Me echó de su casa gritándome 'no tienes profesión'*".

Esa era Carmen, y ese era Charly.

Al mismo tiempo, yo llegaba a un punto sin retorno en mi propia casa. Mi vieja me sacaba, me buscaba, me patoteaba. Y yo terminaba engranando.

¿Qué veía de mal en mí? Cualquier cosa, nada la conformaba. Tampoco me controlaba. Me manejaba sola desde muy chica, podía ir y venir a cualquier hora. En casa siempre se manejaron ideas de superación y comprensión pero de alguna manera me soltaron la mano. Esos libros de autores revolucionarios y toda esa música sonando en los más finos parlantes dieron a luz a una kafkianita bonita y

cantora, rebelde con y sin causa. Rara e inadecuada. Por otro lado, estaba en un estado de confusión que no me dejaba vivir en paz.

Una cosa es leer sobre el amor y otra cosa es amar.

Pinté un cuadro para retratar la escena. A la derecha, arriba, hay una figura femenina que mira con odio a una nena que le estira los brazos con cándida ternura; a la izquierda, una figura masculina de traje, sentada con las piernas cruzadas, fuma un largo cigarrillo color rosa con la mirada puesta en el techo. Lo titulé “Carne de diván”.

A la distancia es interesante hacer esta tarea de recordar, cortar y pegar en la memoria. Aparecen otras piezas del puzle y completan el contenido. Mis hermanos mayores, Carlos y Alberto (oh, los nombres) estaban cursando sus carreras de Ingeniería y Medicina, y ya vivían en sendos departamentitos regalados por la tía Beba.

No culpo a mi madre por querer estar sola.

Lamento mucho, en todo caso, la manera con la que llevó adelante todos sus cometidos.

Un buen día, después de una escena casi de pugilato orquestada por ella, estrellé un televisor contra la pared. Charly me sacó de allí con lo puesto y nos metimos en un bar para pensar dónde, cómo y con qué viviríamos de ahí en adelante. Solo teníamos perfectamente claro que huíamos de nuestros hogares para estar juntos. En casa, mientras tanto, empezaban a planear una gran remodelación y reciclaje. Ya era historia.

Rápidamente apareció la posibilidad de entrar en una pensión de Soler y Aráoz, en Palermo; una serie de cubículos de cemento que dos españoles habían construido como albergue para gente de clase obrera.

Era una situación difícil. Yo estaba embarazada, todavía no pasaba nada con Sui Generis y no teníamos un centavo para pagar el adelanto. Pipi Correa nos hizo un préstamo y con ese dinero no solo pudimos entrar a nuestro habitáculo sino también pagar la intervención quirúrgica para interrumpir el embarazo.

Por supuesto, nuestro habitáculo era exactamente igual a los demás. Techos bajos, una cama de dos plazas y un ropero. Para compensar ese ambiente asfixiante, Charly llevó su equipo de música Audinac y compró un par de auriculares.

Artaud recién había salido y se convirtió en uno de nuestros discos de cabecera. Pero también empecé a escuchar música que yo no conocía y que Charly amaba. Procol Harum, Deep Purple, Premiata Forneria Marconi, Carole King y Joni Mitchell, que me marcaron muy profundamente. Sobre todo, escuchábamos mucho a Dylan. No solamente sus discos sino sus canciones

interpretadas por otros cantantes como Peter, Paul & Mary. *In the Wind*, aquel disco que traía “Blowin’ in the Wind”, era uno de nuestros favoritos.

En la pieza, a dos voces y con Charly sentado al mini piano, solíamos hacer nuestra propia versión de “Don’t Think Twice is Alright” y también las canciones para adultos de María Elena Walsh, como “Los ejecutivos”. Por eso siempre me causó gracia cuando Spinetta decía peyorativamente que la música de Sui Generis le resultaba parecida a las canciones de María Elena Walsh.

¡¡Pelirrojo muy pecoso!!

“¡Mil pecas sobre los hombros y todo el sol!”

Como contrapartida, una de las primeras cosas que Charly me dijo sobre Spinetta es que era un mal guitarrista.

Era su forma de bajarlo a tierra y de quitarse de encima una competencia.

En el fondo, Charly siempre se sintió un muchacho de barrio.

En “Seminare”, cuando escribió aquello de “*nunca comprenderás a un pobre*

pibe”, estaba realmente hablando de sí mismo.

En la pensión teníamos una cocina comunitaria y el baño, lógicamente compartido, estaba en el patio. Nuestros compañeros de vivienda eran, en su mayoría, gente de las provincias que venía a trabajar en la construcción o el servicio de limpieza. Me adapté enseguida y Charly lo notó. Con aquellas veinte hornallitas colectivas y las cacerolas (que guardábamos en una caja debajo de la cama) aprendí los trucos de cocina que me enseñaron mis vecinos. Hoy, cuando cocino esos platos, los recuerdo y sonrío. Charly comía con ganas.

—Tu comida tiene *pizzzquitas* —me decía, con una mueca de placer.

Ahora que evoco aquel tiempo advierto que para mí era natural vivir en una pensión y pasar el verano en Punta del Este. Nunca me planteé algo como “este lugar no es para mí”. En mi imaginación, tenía un fundamento artístico y filosófico. Todo estaba por suceder y lo sabíamos.

Quizás pensaba que estaba viviendo en carne propia lo que le pasa al protagonista de *La Bohème*.

> *“Mont Martre en aquella época, todo rodeado de lilas,*
> *justo sobre nuestra ventana.*
> *Esa es la humilde guarida que nos servía de nido*
> *Eso fue lo que conocimos.*
> *Yo que gritaba de hambre y tú que posabas desnuda.”*

Mi concepto de un artista era la imagen de Edith Piaf. Charly, sin embargo, siempre se miró frente a otro espejo. Aunque en nuestro país ni siquiera existía algo parecido, la imagen que le devolvía ese espejo era la de una estrella de rock. No me extrañaría que, en algún punto, lo tuviera todo planeado.

Aunque casi no la agarrara en los recitales, Charly ya tocaba muy bien la guitarra y fluía en todos los estilos, ritmos y armonías. Se divertía como loco haciendo música. Para mí, cantar era algo tan simple y natural que no tenía demasiada conciencia de lo bueno que era habernos encontrado. Ahí, en nuestro pequeño departamentito de pensión, dedicábamos buena parte del tiempo a sacar canciones. Charly siempre comprendía de inmediato la armonía de cada tema y a mí me gustaba tener las letras en manuscritos rubricados con lapicera y buena caligrafía (conservo algunos y otros se me cayeron en la calle en un día de lluvia, accidente que consideré como un mal presagio).

A los pocos meses ya teníamos un mini repertorio para cantar en las fiestas familiares. Charly llevaba una guitarra criolla a todas partes. En un momento dado hacíamos un *showcito* con un repertorio muy variopinto. Tocábamos “Blowin’ in the Wind”, “La Bohème”, “Cantata de puentes amarillos”, “Monday Monday” (de The Mamas & the Papas) y “Judy Blue Eyes”, de Crosby, Stills, Nash & Young; una canción cómica en francés llamada “Tom Pilibí”, “El brujito de Bulubú”, una versión en inglés de “Garota de Ipanema” (mi papá la tenía en algún disco) y mi caballito de batalla, “Chiquilín de Bachín” de Piazzolla y Ferrer, que Charly podía tocar tanto en el piano como en la guitarra. También cantábamos canciones de Carly Simon (“Anticipation”, “The Girl You Think You See”), Joni Mitchell (“Carey” y “For Free”, donde se pasaba al piano) y Carole King (“I Fell the Earth Move”, “Natural Woman”, “You’ve got a Friend”), que era una de sus compositoras preferidas; entre sus fuentes de inspiración estaba a la misma altura que Elton John.

Si Nito estaba en alguna de esas reuniones, se sumaba a nuestro pequeño concierto sin ningún problema. Nunca existió ninguna situación de malestar o competencia que impidiera el desarrollo de los distintos vínculos afectivos y musicales. Además de un compañero de trabajo, Nito era nuestro amigo; una persona de muchísima confianza con la que compartíamos un montón de cosas, aunque ni se me pasaba por la cabeza meterme en medio de sus voces.

Cuando llegó el verano Pierre Bayona nos llevó otra vez a Mar del Plata. Como no teníamos un mango, vivíamos todos juntos en una casa que alquilaba Pierre. Las mujeres de los otros músicos eran las encargadas de cocinar y limpiar.

Yo no hacía nada de todo eso.

Pierre, que era un divino, se quejaba de que yo tuviese algún tipo de coronita por ser la mujer de Charly.

Una mañana, apenas nos despertamos, Nito se quedó mirándome fijamente.

—No parece que hubieras dormido —me dijo—. Tenés la cara perfecta.

Charly quería hacer algo que, suponía él, hacían los caballeros. Me llevaba a cenar afuera y ponía en marcha el “paga-dios”. Arreglábamos el lugar del encuentro antes de sentarnos; luego de comer, la primera en levantarse era siempre yo. Una vez esperé largo rato en el lugar convenido y Charly demoró en aparecer. De repente lo vi venir corriendo, cubierto de una capa de sudor; estaba escapando de un mozo que recién abandonó la persecución luego de tropezar y rodar por el piso.

Volvimos a Buenos Aires con un signo más positivo. *Vida* ya estaba en la calle, empezaron a caer los recitales y enseguida apareció el negocio.

El mánager, el vendedor de los shows, el productor, etcétera.

Jorge Álvarez y Billy Bond eran los productores; Oscar López el mánager y Gabriel Melgarejo y Lualdi se encargaban de vender las presentaciones, shows y recitales. Los shows eran actuaciones breves por el conurbano y los recitales eran presentaciones más extensas en teatros o lugares más grandes.

En un buen fin de semana, Sui Generis podía tocar hasta tres o cuatro veces por noche. Solía esperar a Charly a las siete u ocho de la mañana en la puerta de la pensión, acompañada por amigas como Diana Lía o el "Hada" Patricia, otra antigua compañera del jardín de infantes y la escuela. Patricia tenía bien ganado su apodo; era una colorada de ojos azules que vivía revolviendo cajones de anticuario; no tenía relaciones con nadie pero estaba en estado de perpetuo enamoramiento alrededor de Luis Alberto Spinetta.

—¡Es lindo! —me decían cuando lo veían llegar a Charly con el camioncito que transportaba sus equipos y el mini piano.

En el placard de la pensión teníamos un maletín forrado en tela Pucci —regalo de la tía Beba— donde poníamos la plata que traía de los shows. El maletín muchas veces estaba lleno de billetes que Charly compartía conmigo.

El dinero no le importaba mucho. No pensaba en comprarse un auto ni en planificar nada. No le interesaba, o le daba igual. Nuestra vida era la música.

Un día compramos *The Dark Side of the Moon*, de Pink Floyd. En la pensión no se podía poner música fuerte y nos pusimos los auriculares; lo escuchamos acostados en la cama. Cada vez que sonaban los despertadores de "Time" nos sobresaltábamos. Nos encantaba esa sensación y éramos felices. Compartíamos todo. Yo usaba sus camisas como maxi vestidos; de mi guardarropas, Charly amaba una remera rosa con una tortuga y un pulóver rojo con grandes estrellas que yo había comprado en la Galería del Este. "Pequeñas delicias de la vida conyugal", que ya estaba hecha de mucho antes del disco *Pequeñas anécdotas sobre las instituciones*, retrata aquellos días. Nuestra mejor época.

Aunque es una canción en cierta forma crítica con la institución del matrimonio y la familia, simboliza un momento de mucho amor entre nosotros. Ese verso que dice "*estoy en busca de algo naranja y verde*" era el deseo de la pureza, casi como si fueran los colores de un jardín de infantes. Charly no tenía una idea clara de familia; yo, mucho menos. Fluíamos de la mejor manera posible. Con la excepción soberana de su música, sin demasiados objetivos

especiales a la vista. A la larga, eso mismo provocaría los primeros cortocircuitos.

Por supuesto, el título de aquel tema contiene una referencia a Ingmar Bergman. El cine era un programa cotidiano que, muchas veces, compartíamos con León Gieco y Alicia Sherman. Nuestras salas predilectas eran el Cine Arte de Diagonal Norte, el Cosmos 77 y el Lorraine, ambos sobre la calle Corrientes. Bergman era una parte suculenta del menú pero también estaban Truffaut, Buñuel, Fellini y las primeras películas de Woody Allen.

—Yo soy Zampanó —me dijo Charly cuando salimos de ver *La Strada*.

En su forma de interpretar los hechos yo era Gelsomina, la piba rara del circo que tocaba la trompeta.

Él era el bruto exhibicionista que recorría una triste Italia de posguerra, rompiendo cadenas con el pecho y revolcándose con las mujeres al costado del camino. Su honestidad era ladina, mi ingenuidad prístina.

A su manera, Charly estaba revelándome el futuro. Y la verdad.

5.

Y el fantasma tuyo

Producción fotográfica casera en Chapadmalal; Charly defendiendo su obra siempre.

Caminábamos tranquilos por la calle, tomados de la cintura. Sui Generis tenía su primer disco publicado. “Canción para mi muerte” era un hit. Aunque casi nadie reconocía a Charly.

Litto Nebbia, sin embargo, vio en él y en Nito a dos compañeros de ruta. En el otoño de 1973 decidió invitarlos a *Melopea*, su programa de Radio Municipal, y se plegaron a una costumbre de la emisión, que consistía en estrenar algunas canciones. La primera tenía solo dos meses y se llamaba “Cuando ya me empiece a quedar solo”. Charly se sentó al piano y, sin demasiados prólogos, comenzó a tocarla.

En aquel momento, tenía apenas veintidós años. Nuestra realidad no tenía absolutamente nada que ver con el personaje de la canción pero exhibía un carácter anticipatorio; algo de todo eso iba a ocurrir con el correr de la vida y de los años. Aunque sus letras eran lo suficientemente ambiguas como para que las personas pudieran ser unas y otras, imaginarias o reales, me siento aludida cuando habla de “*el fantasma tuyo*” y “*una flor cuidando mi pasado*”. La flor soy yo, María Rosa.

Unos días después fuimos a comer a la casa de Litto Nebbia. Se habían conocido en Mar del Plata durante el verano del 72, cuando Sui Generis había teloneado a Litto, y pegaron buena onda. Nosotros éramos unos niños, él ya era un veterano del rock. No quiero ni saber lo que debió pensar de nosotros. Especialmente de mí, que no tuve mejor idea que emborracharme con un vaso de cerveza, hacer un escándalo y meterme a vomitar en su baño. Un papelón que Litto, con mucho cariño, todavía recuerda.

Era todo muy nuevo. Logré adaptarme bien al mundo de la música, pero me costó asimilar la parte social del rock.

Disfrutaba mucho de los ensayos en la casa de Paco Prati, que estudiaba Arquitectura y tenía su habitación acustizada con corchos. Pero una vez fuimos a su quinta en el Gran Buenos Aires y tuvieron que ponerme en una bañadera con agua fría para que me bajara la fiebre. “Bienvenidos al tren” hablaba, a su manera, de todas estas cosas. Era una invitación abierta y, al mismo tiempo, deslizaba alguna intimidad.

“*Si miento un poquito ya me perdonarás*”.

Hay una foto que, en ese sentido, habla muy bien de mi actitud.

Confesiones de invierno ya estaba grabado y necesitábamos algunas imágenes para ilustrar esta nueva etapa de Sui Generis. Reunimos a buena parte del entorno y una tarde nos fuimos de paseo a los bosques de Ezeiza. Armamos

un pícnic y el fotógrafo retrató el momento. Yo quedé a la derecha, sentada sobre el césped entre Charly y Billy Bond. Mi cara lo dice todo. Parezco lejana, apartada de la situación. Me costaba muchísimo integrarme a todo aquello. Un ambiente que mezclaba personas maravillosas con otras bastante bravas.

Charly, sin embargo, navegaba esas aguas con fluidez. Incluso en ese contexto, era capaz de escribir canciones tan transparentes como "Aprendizaje": *"Y el tiempo traerá, alguna mujer / una casa pobre, años de aprender"*.

Allí creo que estaba pensando en su padre, que en aquella época trabajaba como profesor de Física y Química (*"Y tuve muchos maestros de qué aprender / todos conocían su ciencia y el deber"*); quizás también en nuestro propio futuro como pareja ("*Nuestro hijo traerá todo lo demás*").

Yo sabía que ese hijo sería nuestro, aunque la canción no terminaba de gustarme. La mitad de los compositores actuales daría un dedo por escribir "Aprendizaje". A mí me parecía demasiado *soft*. ¡Qué exigente!

La gente le dio la razón a Charly. "Aprendizaje" fue un hitazo y su honestidad aplastante marcó su habilidad para trascender las fronteras del público purista del rock. La música de Sui Generis se volvió célebre en otros ambientes y comenzaron a contratarlos para cumpleaños de quince y ese tipo de fiestas. De repente, Sui Generis comenzó a generar más dinero y apareció la posibilidad de alquilar un departamento.

Charly se apareció con la noticia de un contrafrente típico de los años 50 que quedaba en Cucha Cucha 53. El departamento, lo recuerdo bien, era el 6º B. Nos mudamos y Charly siempre se encargó de chapear con que se había ocupado de todo, elegirlo, hacer el contrato, conseguir la garantía, etcétera.

Toto, el primer y muy querido plomo, mira al flaco.
La delgada túnica de Nito arrasaba…

La verdad es que no solo era el departamento más feo de toda la ciudad (su balcón francés tenía vista a un paredón), sino que la historia tenía un trasfondo muy diferente; era un departamento que había alquilado Jorge Durietz cuando pensaba que tenía que dejar su casa, donde vivía con su mujer, aunque finalmente pudo quedarse. Charly tomó la reserva. Probablemente lo haya alquilado sin verlo, y no hubo garantía de por medio; pagó los dos años de contrato en efectivo. Un auténtico Say No More. Un neurótico incapaz, aunque sea por un solo momento, de abandonar su útero musical.

Sin embargo, siempre me convencía. Decía, por ejemplo, que una de las cosas mías que más le gustaban era que me apropiaba de los lugares para convertirlos en algo más lindo. Yo hacía lo que podía con lo que teníamos.

Excepto un par de cositas que me había regalado mi mamá rica, casi no teníamos muebles. Solo una alfombra horrorosa de cuero que habíamos

comprado en una gira, el equipo de música y algunas cosas de cocina. El colchón estaba directamente sobre el piso.

Era una época extraña para mí, habitada por una suerte de dualidad.

Curtía la bohemia y me sentía bonita, deseada y libre; usaba pantalones Oxford, camisas y remeras ajustadas, ropa definitivamente sexy.

A la vez, casi no hacíamos el amor y me polaricé en una típica ama de casa chapada a la antigua, una Sisebuta de mal humor. Aunque eran cosas completamente opuestas, convivían en mí y no era fácil manejarlo.

De un día para el otro, hordas de mujeres corrían detrás de mi pareja y me resultaba algo muy difícil de asimilar. Hoy quizás lo hubiese metabolizado de otro modo, pero en ese momento fue trágico. "*No llores, nena, que no es la muerte*".

A mediados de 1974 empezamos a frecuentar La Rinaldería, que no era otra cosa que la casa de Rinaldo Rafanelli en el barrio de Saavedra. Allí, mientras Rinaldo y Charly se hacían amigos y preparaban la nueva versión de Sui Generis, se experimentaba con algunos de los grandes anhelos de la generación de Acuario.

Una tarde llegamos a la calle Superí, tocamos el timbre y entramos. Un rato después, Rinaldo bajó de las escaleras con dos chicas. Se reían de soslayo, intercambiando algunos comentarios de complicidad. En este caso, el motivo de las bromas era el destino de la eyaculación. Todo giraba alrededor del amor libre y la libertad sexual.

Las cartas, sin embargo, no estaban echadas abiertamente sobre la mesa.

No era evidente que todos estaban con todos. Rinaldo vivía solo pero sabíamos que en verdad compartía la casa con Liliana Lagardé, Adriana Sica, Brillo o cualquiera de las chicas que merodeaban el ambiente. Eran secretos a medias, alianzas de la penumbra. Una circulación subterránea y medio esquiva que me provocaba una contradicción. Había un elemento de ese cóctel que no terminaba de digerir.

Yo celebraba cualquier manifestación de libertad pero me cerraba apenas ponía un pie en La Rinaldería. Aunque al principio todos tenían muy buena onda conmigo, me volvía hosca y algo inaccesible. No entendía lo que estaba pasando, me sentía desvalorizada.

En los papeles, el amor libre era una idea perfecta. Con el tiempo, sumados a los daños colaterales, tuvimos que pensar en una vuelta de tuerca. Como cantaba Joni Mitchell, "*sex kills*".

El sexo también puede matar. Yo era muy ingenua e inocente. No estaba preparada para el mundo del rock y su costado más reventado, lleno de groupies

y mujeres bravas como Liliana Lagardé y Ada Moreno, entonces novia de Billy Bond y fotógrafa del sello Talent. Un mundo con sus propios códigos y energías que, para colmo, estaba en un momento radical, de crisis y de profundas rupturas.

Tanto Charly como yo estábamos bautizados y habíamos tomado la comunión. Pero la crisis con la Iglesia ya era inocultable y nos hicimos ateos. Durante una gira nos detuvimos en un pueblo, y cuando nos metimos a conocer su iglesia yo me hice la Madonna antes de Madonna. Muy histriónicamente, me dediqué a emitir consignas anticlericales de izquierda. A Charly no le gustó nada. Me pidió que no fuera irrespetuosa. Del mismo modo, era capaz de cantar versos fuertes como *"Dios es empleado en un mostrador/ da para recibir"*.

En ese sentido, *Confesiones de invierno* también anticipa la crisis política y la crisis afectiva. "Tribulaciones, lamento y ocaso de un tonto rey imaginario, o no", la canción que cierra el disco, fue escrita en mi casa paterna un día en el que no había nadie, cuando Charly se quedó viendo una película francesa sobre un rey. Ya sabemos que todo es política, aunque Charly nunca se había metido con ese tema de una manera tan contundente.

En "Rasguña las piedras" fui, sin duda alguna, su inspiración. La canción era un mensaje para mí: "*te ruego que respires todavía*". Hoy veo todo de otro modo, pero en aquel momento había una mirada híper-consciente sobre las cosas nefastas que nos rodeaban y aún nos rodean. Uno de mis analistas me dijo: "Lo que pasa es que usted se horroriza con cosas que la mayoría de la gente no le da importancia". Es probable. Yo creo que este mundo tiene los días contados y mientras se nos va la vida ocupados como estamos en pagar los alimentos y las cuentas, el planeta nos pide a gritos un cambio radical. Tenemos que revisar todos los aspectos de nuestra existencia, incluso aquellos que consideramos los más positivos. Si tu casa se está incendiando, no vas a tomarte un helado.

Charly se empezó a poner lindo…

Soy una persona alegre y comunicativa. Al mismo tiempo, reconozco que siempre le encuentro el pelo al huevo. Miro al placer y al disfrute medio de costado, con desconfianza. Tal vez eso de no conformar a ninguna de mis dos madres me dejó en permanente estado de alerta; cuando mi actitud no encajaba en sus sistemas diametralmente opuestos, cada una tenía su particular manera de castigarme. Así resultaba difícil disfrutar de algo. Cada celebración familiar terminaba en una pelotera entre ellas dos.

Charly se preocupaba mucho por eso. “Rasguña las piedras” fue su manera de expresarlo.

Por supuesto que he leído sobre el mito que asegura que la canción está

dedicada a una novia que dieron por muerta y enterraron viva; y que, cuando abrieron el cajón, lo encontraron todo rasguñado. En fin.

No puedo decir nada al respecto porque nunca escuché a Charly hablar del asunto. Pero es lo que sucede cuando una obra trasciende a su autor y la gente comienza a adaptar su sentido a sus propias necesidades. “Rasguña las piedras” es genial porque, además de cifrar todas esas referencias personales, deja el suficiente espacio como para que sea el espectador quien la complete. Los versos del comienzo resuenan tan enigmáticos y proféticos que pueden estar hablando de los centros clandestinos de tortura, una chica catatónica o la imposibilidad de la comunicación.

Detrás de las paredes
que ayer te han levantado
te ruego que respires todavía.

Es, a su modo, *The Wall* antes de *The Wall*. Charly quería derribar las paredes que me habían levantado, me rogaba que siguiera respirando y atravesara el muro de sus días. Claro que también se cansaba de gritarme. Su gesto era hermoso y aún me halaga que mi ADN haya quedado inscripto en una de las grandes piezas de la música popular argentina.

Yo soy Virgo, Charly es Escorpio. Como es sabido, en el cuadro que forman Virgo y Escorpio es todo perfecto hasta que una manchita lo arruina todo.

La manchita tenía nombre y apellido. Y yo la conocía muy bien.

6.

La loba que me cuida

Invierno del 74, Chapadmalal. “Quizá sepan que tenía una eterna compañera, que reía y se entregaba desnuda sobre la arena”.

—No vengas —me dijo Charly—. ¡Cómo vas a dejar la obra de teatro!

Se avecinaba una gira de Sui Generis. Yo quería ir. Así fue que largué el coro de locos de *Marat/Sade*. El primero en enojarse (y mucho) fue Federico Wolf, el director de la obra. Me lanzó un furioso discurso sobre el compromiso del artista. Estaba convencido de que me iba porque los locos no cobrábamos, aunque yo tenía mis propias razones.

Pronto comprendí que detrás de aquel consejo de Charly había otra cosa.

Aquellas giras eran su oportunidad para encontrarse con sus primeras fans y vivir libremente los aspectos escorpianos de su personalidad —una gran sensualidad y un erotismo que luego, combinado con las sustancias, se convertiría en una serie interminable de ceremonias festivas.

Una de las primeras salidas fue a Uruguay. Además de Sui Generis y Gabriel Melgarejo, también era parte de la comitiva el grupo Pappo's Blues. Adriana Sica y otros tantos amigos fueron a despedirnos al puerto. También estaba Pil, la mujer de Pappo y madre de su hijo Luciano. Nuestro gran guitarrista miró de soslayo a Adriana, que era realmente muy bonita y cargaba con unas tetas tremendas. Todos morían por ella.

—Yo, si quiero, a esa mina me la cojo —le escuché decir a Pappo.

Cruzamos el río en medio de la noche, a bordo del Vapor de la Carrera. Era un pequeño lujo. Un crucero hasta Montevideo, con camarotes (en los que uno podía ducharse) y camas para dormir cómodamente. Todo un plan. Los miembros de cada banda y Melgarejo estaban repartidos según sus afinidades. Si bien era parte esencial de nuestro equipo, Melgarejo no era un compañero sino el señor mayor y vestido de traje que usaba una eterna carterita de cuero, venía del negocio de la música, se ocupaba de conseguir los shows y manejar la guita.

En Montevideo hicimos trasbordo con un micro. Un rato más tarde llegamos a Piriápolis. Esa noche, Sui Generis tocaría en el auditorio del Hotel Argentino. Para nosotros era como estar en Cannes.

Sui Generis subió al escenario y me quedé a un costado. Aunque mucha gente piensa que yo cantaba con la banda, la verdad es que nunca hice coros con Sui Generis. Ni en vivo ni en estudio. Siempre fui muy respetuosa de Charly y de Nito. Salvo que me lo pidieran, nunca intenté participar. Aquella noche fue una excepción. Promediando el recital subí al escenario para cantar por primera

vez “Quiero ver, quiero ser, quiero entrar”.

—Hoy, de verdad, yo toqué el piano y vos cantaste —me dijo Charly, después del show.

Fue un elogio cariñoso.

A su manera, Charly quiso decirme que me la había bancado; que pude defenderme sola, sin su ayuda, acaso por primera vez. ¡Pobrecita de mí! Trataba de mantenerme a flote en medio de ese entorno, al lado de semejante monstruo de la música.

La gira siguió por Punta del Este, donde también fui invitada a cantar esa hermosa canción. Después del show todos se fueron al casino y yo me quedé en la habitación del hotel, con la puerta abierta para esperar el regreso de Charly. Pronto descubrí que no exactamente todos habían salido. Pappo se deslizó en la habitación, se sentó en el borde de la cama y me miró sonriente. Yo, que estaba metida en la cama en bombacha y remera, me sentí vulnerable. Como había hecho tantas otras veces, empecé a hablar y hablar y hablar de cualquier cosa, sin ningún espacio entre palabra y palabra. Blablablá.

La estrategia volvió a surtir efecto. Pappo se levantó y salió de la habitación. Yo todavía estaba muy lejos del sexo, las drogas y el rock and roll. Siempre escuché decir que Pappo criticaba a Sui Generis por “ablandar la milanesa”. En realidad estaba celoso de su éxito, y no era el único. Todos los músicos del rock argentino quedaron algo opacados luego de la aparición y la explosión de Sui Generis.

Charly no solo trajo una música maravillosa, sino que acercó a los conciertos de rock a los chicos de Barrio Norte, a alguna gente de izquierda, incluso a las chicas de colegios secundarios. Algunas de esas chicas me involucraban en su cariño y admiración. Para el resto, que era la amplia mayoría, yo era completamente invisible. Podía verlas burlarse de mí desde el público. Decían que era la chanchita de los Muppets. Cuando desfilaban ante nosotros, sonreían a los ojos de Charly como si yo no existiera. En ninguna de esas chicas había algún deseo de superación o inquietud artística. Era simplemente seducción.

Hoy veo muchos avances en los vínculos de las mujeres. Somos capaces de sentirnos más hermanas. La necesidad de apoyarnos y la urgencia por cicatrizar nos ha hecho más mansas entre nosotras, menos tolerantes al engaño. En ese momento, en cambio, la liberación femenina pasaba por el lado de la libertad sexual.

Las chicas encontraron un estímulo para esa liberación en la música y las letras de aquellas primeras canciones. Cada vez que se paraba y saltaba sobre el piano, mezclando música clásica y rock en un solo increíble y cargado de emoción, Charly las alentaba, las entendía y las hacía bailar con gracia y sentimiento.

Para las minas de esa época, para las que no eran del rock y todavía no conocían a Luis Alberto (otro gran sexy), Charly representaba un hombre distinto a la chatura masculina de “mocasín” que reinaba en nuestra amada patria. Un tipo capaz de imponer, en una franja mucho más amplia de la sociedad argentina, una manera de ser que antes no existía.

Charly era una manera de pensar. Trajo la libertad a través del rock.

Es difícil explicarle todo esto a un pibe nacido en el siglo XXI. Pero fue lo que pasó.

Con sus canciones, le dijo a la gente que no tenía nada de malo vivir de acuerdo a lo que uno sentía, y que lo peor que uno podía hacer era no hacerlo de ese modo. Además predicaba con el ejemplo, aun cuando esa actitud generara rispideces entre nosotros. Dentro de nuestra casa, por ejemplo, no podía contar con Charly para nada que no tuviese que ver con la música. Yo me ocupaba de casi todo lo demás. Excepto los encuentros con sus amigos —siempre fue muy amigo de sus amigos— y salir a jugar al fútbol —se tiene la idea de que siempre fue un negado para los deportes pero no es así—, solamente se ocupaba de ensayar, dibujar, componer, tocar, preparar el concepto y el sonido para un nuevo disco.

Punto.

En aquella época se compró su piano Fender Rhodes y un arsenal de teclados. La situación era novedosa para todos; en poco tiempo, eso derivó en algunos logros maravillosos.

—Está muy bien que te hayas comprado los teclados —le dije— pero ahora tenés que estudiarlos para encontrar tus propios sonidos.

Charly daba lugar a esos comentarios porque alentaba mi opinión. Uno de sus grandes méritos, en ese sentido, es que siempre fue una antena. Por ejemplo, desarrolló su visión política a mi lado. Yo era atea y socialista; traía un enorme bagaje ideológico, tenía vínculos con el teatro independiente y contestatario. Creo que mi aporte a su cosmovisión fue desplegar ante él una sensibilidad hacia las injusticias del hombre por el hombre. Tal vez esté equivocada, pero me gusta pensar que Charly tomó esa influencia. Un día, entrando en la sede de AADI, la

Asociacion Argentina de Intérpretes, me llamaron aparte para hacerme firmar los derechos de intérprete de todo ese material. Así que solo grabé unos gritos finales en la canción “Las increíbles aventuras del Señor Tijeras” pero de algún modo estoy ahí, sobrevolando ese disco maravilloso, donde además Charly da un salto evolutivo asombroso como artista.

“Nunca tendremos raíz, nunca tendremos hogar y sin embargo, ya ves, yo soy de acá”.

La mayor parte de los músicos no se interesaba por esos temas. Prefería mantenerse al margen. Excepto León, la conciencia política no era algo definido dentro del rock. Probablemente por eso mismo no haya rockeros desparecidos. Por el contrario, la gente del Teatro Uno de Montevideo —comandado por dos capos totales como Alberto Mediza y el Bebe Cerminara— estaba muy politizada.

Además Jorge Álvarez, que había editado algunos libros de David Viñas, quería que el fundador de *Contorno* adoctrinara políticamente a Charly —y que nos avivara un poco. Con ese objetivo organizó algunas cenas y empezamos a

juntarnos a comer en Chiquilín. Un pingüino de vino tinto y soda. Nosotros dos y Viñas, una persona divina. Una vez, incluso, me junté yo sola a comer con él. Intentó levantarme.

—Veo que tenés cosas interesantes —me dijo—. Pero también veo que estás medio boluda.

Charly estaba en su mundo, que era la música. Pero su antena era tan inmensa que captaba todo de una, y mejor que nadie.

La sirena que suena en el comienzo de “El show de los muertos” es estremecedora. Hay que ponerse en situación y pensar que aquello se publicó a fines de 1974, durante el reinado de la Triple A. Había que tener un par de pelotas muy grandes para hacer eso en un disco de pop, igual que para cantar aquellos primeros versos: *“Tengo los muertos, todos aquí, ¿quién quiere que se los muestre?”*.

Éramos pendejitos. No teníamos ningún doctorado en política. Pero sabíamos perfectamente lo que estaba pasando y Charly lo plasmó en temas como ese, y también en “Música de fondo para cualquier fiesta animada”.

Como el maestro que es, en cuatro minutos les explicó a todos lo que pasaba. Y en tiempo real. Es difícil exponer el logro que significa para un compositor eso de meterse con una coyuntura tan densa y no caer en el panfleto o en la canción de protesta. Ya vamos a condecorarlo por eso.

Charly nació entre los signos Escorpio y Libra. Si bien es netamente escorpiano, tiene algunas cosas de Libra, sobre todo físicamente. Y precisamente en esta época, además de su despertar político, empezó a desarrollar una relación muy fuerte con el sexo y el erotismo.

Era una situación inédita. Él, que más allá de Maggie no había tenido una novia formal antes de mi llegada, comenzaba a coleccionar a un harén de mujeres que lo perseguían. Aunque yo no era demasiado consciente de lo que realmente pasaba, todo eso implicó un quiebre para nosotros. “Lo que realmente pasaba” era que mi pareja estaba transformándose en una estrella. El músico más popular y adorado del país.

“La ciudad se nos mea de risa, nena”

La infidelidad me resultaba tan extraña que no entendía cuál era el mensaje de todo aquello. Charly se desentendió de la sexualidad de nuestra pareja. Supongo que para él era más fácil ser el atendido.

—Debe tener mejores gomas que vos —me explicó Ada Moreno.

Ante esas afirmaciones yo me quedaba callada. Era una explicación ambivalente. Por una parte entendía, por otra me desconcertaba aún más.
¿Solo por un par de tetas más grandes?

—Soñé que estabas con Marga —le dije a Charly un día.

Charly hizo un gesto admirado, como asintiendo. Marga se picaba y no es difícil pensar que experimentara eso mismo con Charly. Después de todo, no era

otra que “*la loba que me cuida cuando empiezo a despegar*”.

—¡Es ceceosa! —le dije.
—A mí me gusta —respondió.

Pero después se desdecía y así estábamos. “*Si miento un poquito ya me perdonarás*”. Aunque yo no era tan boluda como pensaba Viñas. Estaba en otra cosa; era pura, no jugaba a ver quién tenía “más cama”. No sabía ni qué había que saber, pero sabía y no me gustaba. Al fin y al cabo, yo era “su” mujer. Para mí era extraño. Cada vez que íbamos a hacer el amor, Charly se subía sobre mí en la postura del misionero, me cogía y se iba. A esa edad yo no tenía idea de lo que estaba pasando.

Empecé a pensar que no tenía sexualidad. A medida que él se hacía más y más famoso —y, en consecuencia, se acostaba con más chicas—, yo quería coger cada vez menos. Hoy puedo reírme. En ese momento fue una tragedia.

Una vez terminamos de coger y lo primero que hizo fue agarrar la guitarra. Puedo verme allí, en segundo plano, insatisfecha, acomodando la cama mientras el chabón tocaba. ¡Qué pelotuda! Pero pasaban los días y el tema nunca se ponía sobre la mesa. Yo veía (y sentía) que algo no estaba funcionando. Teníamos una incapacidad brutal para enfrentarlo.

No podíamos hablar de sexo. Por cierto, Charly tampoco pensaba en separarse. Tal vez por su propia formación algo conservadora, mientras él se bajaba a medio club de fans de Sui Generis yo me estabilizaba cada día más como “su” mujer. La esposa con la que, como se estilaba en los reinados del siglo X, no se cogía. Para eso estaban las otras, las amantes.

En “El tuerto y los ciegos” empezaron a aparecer las otras chicas. Charly mezcló a dos o tres chicas que andaban y utilizó la historia del mito griego de Casandra para redondear la canción. El procedimiento también habla de su genio, aunque, en este caso, yo me llevé la peor parte. Él sabía cuándo iba a gustarle una chica y medio que me lo decía: *“Ella llegó a mí y apenas la pude ver”*. No era algo frontal, sino dicho y no dicho; aparecía sugerido, entrelíneas.

Por mi parte, yo no era demasiado canchera. No tenía la más mínima muñeca como para lidiar con semejante trama oculta y constante. Me sentía inadecuada y, lo peor, con mucha culpa. *“La ciudad se nos mea de risa, nena”*… ¡Andá a sacarte ese pesito de encima! Se estableció entonces que yo era responsable de que nuestro vínculo hiciera agua por todos lados; por tonta, por tímida, por petisa, por frígida, porque usaba sombreros, porque había tetas más grandes.

Aunque una parte de mí se encargara de negarlo, sabía que esas amantes estaban dando vueltas, peleando por su atención. Cada una entendía perfectamente bien cuál era su lugar en el universo de García. Al mismo tiempo, todas querían una porción más grande. Yo sabía que las otras pibas se lo devoraban. En la sexualidad, para devorar es más fácil ser amante que pareja, eso está claro. Como amante yo también puedo hacer de todo. En cambio, ser una pareja implica otra clase de desafío. Nunca terminé de entender si Charly me puso deliberadamente en ese lugar o si simplemente se dejó llevar ante tamaña oferta.

¿Podía yo soportar un sinceramiento de su parte? ¿O Charly se sentía un poco avergonzado de sacarse la máscara de Casanova frente a mí? *"¿No ves que blanco soy, no ves?"*. Sí, eso lo veía. La espada vengadora, no. Todavía no.

Admiro mucho a esas mujeres que se ponen la pareja al hombro. Se cargan a su hombre para comprometerse al cien por ciento con tipos tal vez muy fallados. Fallados pero suyos. No sé los motivos por los que una mujer tolera y lleva sus cuernos con cierta hidalguía. *Chapeau!* Y muchas lo hacen con un plus, por supuesto, sobre todo en los casos de tipos muy capos, activos y solicitados, con mucha demanda de trabajo. Ahí las mujeres se convierten en el cable a tierra, en colaboradoras estrechas. Son el factótum del éxito del hombre amado. Esa posibilidad, en mi caso, ni siquiera cruzó por la cabeza. Ahora mismo puedo escuchar vuestras voces.

—¡María! ¡Hiciste todo al revés en tu vida!

Lo cierto es que por entonces yo no sabía qué era un orgasmo. En mi interior esperaba a un hombre que se arremangara y pusiera las manos en el asunto. Pero Charly García tenía cosas más estimulantes para hacer. Lo digo sin ironía. La fiesta estaba comenzando… Aunque en otro lado.

Fui volviéndome hosca poco a poco. Era incapaz de disfrutar. La gente del rock, incluso, empezó a tildarme de mala.

—María Rosa —me dijo hace poco Liliana Lagardé—, en aquel tiempo vos estabas todo el tiempo diciendo que te ibas a suicidar.

También:

—Hola, María Rosa —me saludaba David Lebón—. ¿Cuáles son las torturas

del día?

Es probable que la *“loca sin mañana”* de “Tango en segunda” sea una referencia hacia mí. Atravesaba una gran depresión, sí, pero a la vez me pregunto: ¿cómo no iba a estar deprimida? Yo no tenía anhedonia. Era, después de todo, la falta de comunicación típica del patriarcado. En todo caso, vivía *en* anhedonia.

7.

Antes de gira

Ponchos regalo de la tía Beba.

—Ay —dijo Graciela Borges, cuando se cruzó con Charly— ¡Qué lindo cachorro!

Charly llegó a casa con una sonrisa en los labios y me contó el episodio paso a paso. Se lo veía muy orgulloso. Todavía éramos muy jovencitos; en ese tiempo no existía el culto a la personalidad que creció con los años. Esa inocencia fue, entre otras cosas, lo que permitió el nacimiento de PorSuiGieco.

Eran unas nochecitas hermosas en casa de León y Alicia, allá por Corrientes y Thames. Yo me recostaba en un sillón que parecía una hamaca paraguaya y allí encontraba mi propia paz. A veces pintaba un porro, pero era raro. La fija, en todo caso, era terminar nuestros encuentros con algunas canciones.

No recuerdo que, como suele decirse, aquellas reuniones tuvieran como objetivo discutir el tema de los derechos editoriales. Tal vez no lo recuerdo porque no estaba entre mis preocupaciones, aunque es probable que el tema sobrevolara la mesa. Sui Generis tenía cierto éxito y el negocio empezaba a fijarse en ellos. Por esa razón nos abrazábamos a “For Free”, aquel tema de Joni Mitchell que cantábamos siempre. La letra, escrita desde es el punto de vista del músico profesional y consagrado que observa al músico callejero con cierta melancolía, era un himno para nuestras vidas. Especialmente para Charly, que empezaba a vivir la historia en carne propia.

Empujado por la letra de “For Free”, Charly decidió ocultarse detrás de PorSuiGieco y su Banda de Avestruces Domadas. La idea era, justamente, alejarse de todo lo que rodeaba a Sui Generis. Álvarez, Melgarejo, Oscar López, los mánagers, los productores, etcétera. Comparada con Sui Generis, PorSuiGieco era una banda independiente. Indie, podría decirse.

Para anunciar el concierto debut en el Auditorio Kraft, nosotros mismos nos ocupamos de pegar los carteles por la avenida Corrientes. Era una forma de volver al under, pero a un under del cual —si lo miramos con parámetros de lo que iba a suceder en los años 80— todavía no se había salido. Las conquistas económicas, en ese sentido, eran mínimas; cada tanto podíamos ir a un restaurante (especialmente a uno que quedaba en Gascón y Córdoba) o alquilar un departamento de dos ambientes.

Para nuestra sorpresa, el Auditorio Kraft se llenó por completo y quedó mucha gente afuera. La dinámica de PorSuiGieco era sencilla. Guitarras acústicas y voces, cada uno cantando su canción. Yo esperaba mi turno. Cuando llegaba el momento, subía al escenario y cantaba “Quiero ver, quiero ser, quiero

entrar”, una canción que siempre llamé “Preséntame” y que había nacido en la cocina de la casa de Nito, cuando Charly nos dio un papel con la letra.

—Vos hacés esta parte, Nito hace esta otra y yo me ocupo de esto.

La grabación fue muy fuerte. Yo, por lo pronto, me moría de miedo; no es una canción fácil de cantar. Me sigue gustando cuando cantamos a dos voces la parte de *“Si me preguntan qué ha pasado en nuestras vidas”* y la variación en la intensidad, que propuse yo, del verso *“invítame a ver tu historia”*. La canción quedó sellada en el espíritu de mucha gente, pero mi interpretación es un poco llorada; hoy creo haber encontrado otra manera para cantarla. Yo venía del teatro y de la escuela de Edith Piaf. Todo debía ser medio sobreactuado y así lo hice. Incluso recuerdo que, cuando Marilina Ross regresó al país luego de su exilio, quiso que esa canción fuera el símbolo de su retorno. No pudo cantarla, me contó.

Como muchas de las canciones de Charly, “Iba acabándose el vino” es premonitoria en muchos sentidos. Aunque tuvo un intento frustrado de letra a cuatro manos y nació en su habitación de Vidt, habla de “siete balcones abajo” (luego iba a vivir en un séptimo piso en el edificio de la calle Coronel Díaz) y “hombres de gorras azules” (poco antes del Golpe de Estado). Lo mismo sucede con “Entra”, que anticipa los teclados escrachados (“*mira qué sucio que está el piano*”) y todo lo que iba a pasar entre nosotros.

Como es sabido, “Antes de gira” entró a último momento para reemplazar a “El fantasma de Canterville”. Es una canción que Charly ya tenía compuesta, aunque se llamaba “Para María”. Tenía una letra que empezaba diciendo *“María mide diez mil besos”*. Un verso fantástico que luego cambió. Todavía me siento invocada en algunos versos: *“Ella corre a abrir la puerta / con el vestido de ayer”*. Esa soy yo.

Con el disco grabado, las reuniones y los ensayos en casa de Raúl Porchetto tenían un temario más preciso. Comenzó a planearse una gira por el interior. En cuanto a los derechos editoriales, Charly dejó sentada su posición.

—María Rosa cobra igual que todos.

No fueron solo palabras. Desde entonces y hasta ahora, siempre cobré igual que todos los PorSuiGieco en las distintas liquidaciones de ese disco.

La gira fue una aventura. Recuerdo la ruta, las paradas para comer, el frío del invierno en medio del campo, los micros que siempre se rompían. Los conciertos en Bahía Blanca, Tandil y Mar del Plata. El plan era salir a tocar con mis amigos y hacer cada vez mejor mi parte dentro del recital. “Quiero ver…”, “Todos los caballos blancos”, “Entra”, “Iba acabándose el vino”. Tenía veintiún años y la vida me había puesto en un lugar privilegiado. Sin embargo, nunca tomé verdadera dimensión de lo que estaba pasando. No logré entender que lo que ocurría a mi alrededor era, de algún modo, una parte de la historia de la música de este país.

Además de los técnicos, era habitual sumar a la comitiva a algunos invitados. Por ejemplo, en aquella gira nos acompañaron mi amiga Diana Lía y su perro Fidel, que rápidamente se convirtió en la mascota de la banda. También viajaba Rubén Andón, nuestro amigo el fotógrafo, y Juan Manuel Cibeira, cronista de la revista *Pelo*. Más allá de mi carácter contestatario —era una rebelde con bastantes causas—, empecé a oler algo raro que afectaba mi ánimo. En algún momento hice un comentario que a Cibeira no le gustó. Tuve unas palabras de nena revoltosa y se produjo una gran discusión. Cibeira no sería una excepción; nunca les caí bien a los periodistas. Tengo que reconocer que tampoco me hice querer demasiado. Una vez, en terapia, me dijeron algo que me gustó y que todavía recuerdo: “Vos no defendés tus cosas ni tu punto de vista sino que te interesa saber cómo funciona el mundo”. Es verdad. En todo caso, algunas cosas logré averiguar.

Una duna en Chapadmalal, todo estaba por suceder.
(¿Peter, Paul and Mary…?).

Después de viajar toda una noche, Fidel empezó a manifestar sus ganas de hacer pis. El chofer detuvo el micro junto a un monte de eucaliptus. Mientras el perrito hacía sus necesidades, todos aprovechamos para bajar y estirar las piernas a un costado de la Ruta 3. Rubén Andón aprovechó la parada y sacó su cámara para tomar algunas fotos. Hacía muchísimo frío, de modo que nos amuchamos sobre el asfalto para tratar de mantener el calor. Por fortuna, la comitiva era grande y divertida. Charly se ubicó detrás de mí y de Diana Lía, abrazándonos a ambas. La situación, desde mi punto de vista, no era demasiado extraña. Charly consentía que ella viajara con nosotros porque era mi amiga de la infancia. A pesar de esto, tal como puede verse en las fotos de la gira —en las que siempre aparezco bastante apartada—, una parte de mí incubaba una sospecha.

Para ser sincera, yo jugaba a que estaba todo bien y miraba para otro lado. Barría debajo de la alfombra. En algún punto, fui cómplice de una mentira para que todo siguiera su curso con la secreta esperanza de que tal vez, en algún momento del futuro, las cosas se arreglaran solas. Pero eran engaños. En general, uno trata de convencerse para no tener que ocuparse de enfrentar lo que se tiene que enfrentar. Diana Lía estaba en ese micro porque era la amante de Charly.

—Sí —me dijo una vez—. Yo soy perversa.

8.

Máscara de luna

“A buscar el vino y el agua salada…” .

Estaba embelesada, en pleno viaje de ácido.

—Nadie ve las cosas tan hermosas como las ves vos —me dijo Charly.

Era verano. Chapadmalal se abría como una flor. Estaba la playa. Entre la ruta y el mar se veían los aromos de la calle en los que, como canta en "Estación", hicimos el amor. Estaban la capillita, los bares y la casita de mis viejos, rodeada de otras casas vacías en medio del campo. Más allá, la ruta se perdía entre todos esos enormes edificios racionalistas construidos durante los gobiernos de Perón (y entonces abandonados).

Fuimos caminando desde la casa de mis viejos hasta el hotelito donde paraban Rinaldo, Nito y varios más. Yo estaba muy suelta y todo me resultaba precioso. El hotelito pintado de rosa, los caminos que invitaban a pasear en bicicleta. Era un día en la vida sazonado con, como diría la canción de La Máquina de Hacer Pájaros, las frutillas locas en Chapadmalal.

Charly, que ya había engordado un poco, usaba las remeras que yo compraba en la Galería del Este. Un buen día, de regreso en Buenos Aires, dejó de afeitarse. La barba, que crecía sobre su mancha de vitíligo, asomó con dos colores. Era un detalle único —y frívolo, no exento de polémica— para abrir de par en par las puertas de la fama. Un sello para su personalidad. En fin, Charly se puso lindo y yo me anoté en la Academia del Fracaso.

La Academia, que era una idea de Marta Minujín, tenía un estatuto muy firme sobre las acciones y la postura de un artista. Como resultado, podía comprobarse que tal impecabilidad no podría tener otra consecuencia que el fracaso. Quizás justamente ahí, en ese punto entre mi contacto con los escritores rusos y la vanguardia de Minujín, estuviera la respuesta para mi relación ambigua con el espectáculo.

Entonces yo era la "Ul" y Charly era el "Cuics". A Charly le gustaba recitarme una variación picaresca de una estrofa del *Martín Fierro* en esa misma lengua extraña.

> *"Hacete amiga del Cuics / no le des de qué quejarse / que siempre es bueno tener / picalonga furlong ande rascarse"*.

(*"Picalonga"*, una alusión a sus atributos masculinos, venía de la leyenda que

llevaban estampada los camiones de una empresa de transporte llamada Villalonga Furlong.)

Ese “idioma de la infancia” era parte indisoluble de nuestra intimidad como pareja. Nuestros ritos privados. Ahí, en ese territorio, yo agarraba mis tijeras y le cortaba el pelo en el medio de la cocina mientras Charly empezaba a manifestarme un cierto cansancio con todo el mundo que rodeaba a Sui Generis. Ese flaco desgarbado y con la piel manchada, escondido detrás de un par de anteojos, se transformó en un hombre hermoso dispuesto a renacer con sus propias reglas.

Apoyé su deseo. No era algo extraño porque siempre lo había seguido en esa clase de decisiones. Su energía era superlativa; una fuerza centrífuga de la naturaleza capaz de devorar todo a su alrededor y de empujarnos hacia adelante. Un escorpiano amante de las sábanas y los placeres lujuriosos que nunca dejaba de tocar, dibujar y escuchar discos, que vivía conectado con el mundo a través de su propio arte y del de los demás. Es habitual que alrededor de alguien tan poderoso orbiten personas que apuntalan esa energía, pero este nunca fue el caso. Charly no le debía nada a nadie. Ni a Nito ni a su propia familia, ni a Jorge Álvarez ni a Billy Bond. Charly siempre tuvo su propia luz para encandilarnos.

Sobre la curva final de Sui Generis aparecieron los primeros ácidos y algunas canciones geniales. “Eiti-Leda”, que al comienzo se llamaba “Nena”, hablaba del drama de nuestra relación y lo trascendía largamente (entiendo que quisiera verme sonreír porque casi había dejado de hacerlo, pero… ¿esclava?). En esa letra aparece la visión apocalíptica de “*una autopista con carteles que no dicen nada y barcos anclados en mares helados*”. Ahí está ese verso que dice *“El día que desfilen los cuerpos que han sido salvados”*, una de las imágenes más fuertes de toda la obra de Charly, que se anticipa a la dictadura y tiene un profundo sentido bíblico. Si alguien dudara de su grandeza pero conoce la dificultad de encontrar las palabras justas que calcen en una melodía —y tengan su propia potencia visual—, escuchar “Eiti-Leda” puede permitirle medir su estatura monumental como compositor.

No creo estar desvalorizando la cultura de Charly al afirmar que leía enciclopedias y que, *sobre todo,* leía enciclopedias. Una parte de “Bubulina”, por ejemplo, proviene de esa afición. Nacida durante 1771 en Constantinopla, Lazkarina Bubulina es una heroína de la Guerra de la Independencia de Grecia. Una mujer que construyó una flota con una herencia del mundo marítimo y que, siendo viuda —dos veces— y madre de seis hijos, se lanzó a luchar contra el Imperio Otomano. Es, dicen algunos historiadores, la primera mujer revolucionaria de la humanidad.

Otro antecedente de Bubulina puede rastrearse en “El brujito de Bulubú”, la canción de María Elena Walsh que yo traía desde mi niñez y que a Charly le gustaba mucho. Finalmente, Bubulina también proviene de aquel personaje de *Zorba el Griego*; la mujer disputada por el cretense y el forastero que, cuando se define por el segundo, muere apedreada por “los hombres de Creta” (un grupo cerrado y machista cuyo fin era vengar el suicidio del joven de su etnia frente al amor no correspondido). El forastero, dicho sea de paso, nunca la defiende: ni antes, ni durante, ni después del apedreo.

No creo que Charly se haya visto seducido por la parte trágica de esa historia. Seguramente se dejó llevar por el sonido extremadamente amable y tierno del nombre. En todo caso, si había tragedia era de alcoba. Cuando canta “*esa puerta no debiste abrir*” se refiere a una oportunidad en la que lo encontré con una chica en nuestro departamento de Cucha Cucha.

Bubulina, claro, soy yo. Mi cara redonda es la “máscara de luna”.

Una amante de Charly me reveló que entre el público corría toda clase de interpretaciones sobre esa canción. Aquello de *“Navidad en el cielo/ Bubulina se llevó mi amor”* escondía una de las más curiosas. Según el mito, yo me había hecho lesbiana y tenía un affaire con la amante de Charly. Todo era falso y sucio. La única verdad es que para entonces nuestra relación pendía de un hilo.

Entrábamos en crisis periódicamente y teníamos pequeñas separaciones. Yo me recluía en la casa de una tía que vivía sobre la calle Maipú, frente al departamento en el que vivía Borges, hasta que Charly tocaba el timbre. Hacíamos el amor, nos reconciliábamos y volvíamos a Cucha Cucha. En aquellos días solíamos ir a los recitales de nuestros amigos. Un día, cuando se apagaron las luces y el show estaba por comenzar, nos dimos un re beso. Charly me miró a los ojos.

—Siempre te voy a querer —me dijo.

Esa frase podía interpretarse de muchas maneras. Pero había una cosa que estaba clara: una parte de nosotros se resistía a la separación; aun cuando la entrada de esas mujeres me hacía sentir insegura y todo empezaba a desmoronarse. Sui Generis preparaba su despedida, Charly se transformaba en una estrella y yo, en medio de ese torbellino, visitaba al psicoanalista Isaac Lerer.

—Acá viene gente con problemas y cosas por resolver —me explicó—, pero vos estás clínicamente deprimida.

Vi los conciertos del *Adiós Sui Generis* desde la primera fila del Luna Park, sentada junto a mis padres. Ellos pensaban que Charly era un genio. Creo que todos, en el preciso momento en que estaba sucediendo, nos dábamos cuenta de que estábamos viviendo algo absolutamente fuera de lo común. Un evento extraordinario y celebrado por todo el grupo con el asombro y el candor de lo nuevo.

Como Diana Lía, Charly también estaba de blanco, tocado con una galera y su célebre barba de dos colores. Merced al Hada Patricia, nuestra vestuarista improvisada, los dos parecían celebrar un casorio pagano y secreto. Yo vestía de negro y Nito llevaba una simple remera. Hay una foto bastante conocida, en los camarines del Luna, donde aparecemos Charly, Nito, Diana Lía y yo. También está Liliana Lagardé, siempre activa y aplaudiendo. A la distancia, mi expresión de incomodidad me resulta inocultable.

Una vez que terminó el show, nos fuimos caminando solos desde el Luna Park hasta Callao. Apareció Diana Lía, cenamos en el centro y nos encontramos con León y Alicia. En el final de la noche, Charly, Diana Lía y yo nos fuimos juntos a Cucha Cucha. Aunque nunca lo dijo abiertamente, la idea fija de Charly era acostarse con las dos. De repente me di cuenta de lo que pasaba y mi reacción fue tomarla de la mano y llevarla hasta el ascensor; cerrarle la puerta para que bajara y se fuera. Después volví al departamento y, sin mediar palabra, nos acostamos. Apagamos la luz y nos dormimos.

Unos días después fuimos a los estudios de Phonalex para filmar algunas secuencias de la película de Bebe Kamin. Era todo un acontecimiento. Además de la banda y los productores, buena parte del entorno de Sui Generis estaba dando una mano o sencillamente participando de la experiencia. De repente David, Charly, Nito y Rinaldo se aparecieron vestidos de mujer y comenzó a sonar “Mr. Jones”. Nito, encorvado y con una peluca blanca, era una anciana perfecta. Marga, la loba ceceosa que era una de sus amantes, giró su cabeza para mirarme a los ojos. Era un poco mayor que yo. Bastante más rockera, por cierto.

—¡Cómo está disfrutando Charly su papel de mujer! —me comentó.

Era verdad. Charly estaba feliz, entregado al momento junto a sus amigos. Yo, sin embargo, observaba todo en silencio. Mientras celebraban su bacanal transexual y rockera que quedaría eternizada en la película, yo parecía atender esos festejos desde lejos. En un mundo aparte.

9.

Aglutinados

Porchetto, Nito, Charly y León *feelin* en el gesto de Charly.

Me contrataron para actuar en la película *Nazareno Cruz y el lobo*. Hice las valijas y pusimos proa rumbo a la provincia de Córdoba. Durante tres meses, convivimos en una misma chacra con todo el elenco; Lautaro Murúa, Alfredo Alcón, Thelma Biral y las diez chicas contratadas para actuar como lavanderas en aquella escena en la que, a la vera de un arroyo, nos gritamos las líneas del guion de una orilla a la otra. Entre ellas también estaba mi amiga Adriana Sica, la Venus más carnosa.

Nuestra tarea era elemental; consistía en esperar que apareciera la iluminación correcta. Una vez por día, Leonardo Favio llegaba a la chacra y miraba el cielo.

—No —decía—. Con esta luz, no.

Luego se cancelaba todo el rodaje hasta el día siguiente, en el que se repetía la misma situación. Finalmente la luz fue la adecuada, pudimos filmar la secuencia y tuvimos una fiesta de despedida. Tomamos un micro de regreso y, todavía medio “puestas”, me senté junto a Adriana para atravesar la noche camino a Buenos Aires. De repente, animada por la embriaguez y la complicidad que parecía darnos la situación, Adriana me confesó que se había acostado con Charly. Al regreso de un recital, se las había arreglado para volver en el micro sola con él y ahí sucedió todo.

—Charly me dijo que estaba necesitando una mujer de verdad.

Me quedé muda. Sin respuestas. Creo que las eternas peleas familiares con insultos y reproches me dejaron incapaz de afrontar cualquier tipo de discusión. No puedo soportarlo. He llegado a incluso a pedir disculpas. Eso me hizo un poco sumisa en la vida, pero también me permitió tomar decisiones en silencio.

Aquella madrugada entré al departamento de Cucha Cucha y lo confronté.

—Me puso las tetas en la cara y me calenté —fue su respuesta.

Agarré mis bártulos y me fui a vivir a una pensión. Charly, por cierto, tampoco pasaba por un buen momento. Tras la separación de Sui Generis, había entrado en una depresión y poco a poco fuimos cayendo todos en el consultorio de Lerer.

—Ustedes están aglutinados —insistía el terapeuta.

Tenía razón. Estaba todo caóticamente mezclado. Por ejemplo, a pesar de que la banda estaba oficialmente separada, Nito se fue a vivir a nuestra casa de Cucha Cucha durante mi ausencia. A veces hablábamos por teléfono y Charly me pedía que volviera para restablecer un orden.

—¡Nito es muy sucio! —me decía—. ¡Volvé!

Nito y Rinaldo también se metían en nuestros asuntos amorosos. Según me contó hace poco el propio Charly, una vez que entró definitivamente en crisis con Diana Lía les consultó a sus amigos con quién debía quedarse.

—¡Quedate con María Rosa! —le dijeron.

Podríamos suponer que, por aquellos días intensos, también tuvo lugar la conversación hipotética entre Diana Lía y Charly.

(—Ya que me querés tanto, ya que estás tan enamorado de mí, ¿cuándo vamos a blanquear la situación? —acaso dijo ella.

—María Rosa está en crisis —quizás respondió él—. María Rosa se va a suicidar.)

En mi cuartucho de pensión, yo escribía mi dolor en forma de poema.

Él no piensa nunca.
El flujo se ha mezclado con la sangre
y ha llegado hasta mí.
Desde el barro lechoso levanta la mirada
moviendo las traseras como un pez:
un batracio incrustado en la Venus más carnosa.
Y en la cabeza, apenas, aire.

Llevé esos versos a mi grupo de teatro, que entonces ensayaba en un sindicato español mayormente poblado de anarquistas. Mis compañeros me insistieron y le mostré el poema a unos de los capos, el Señor Cuadrado.

—Me gusta porque es valiente —me dijo.

Era verdad. El poema era valiente. El problema residía en que yo misma no era lo suficientemente valiente como para soportar a todas las cucarachas que se paseaban sin ningún problema por mi cuarto de pensión. Ahí descubrí que no todas las pensiones eran iguales; esta era realmente inmunda. Al final, duré muy poco. Un buen día volví a hacer la valija y volví a Cucha Cucha. Aunque no por mucho tiempo.

Cuando nuestro contrato finalmente se venció, no lo renovamos. Buena parte de los Sui Generis se fueron a vivir al Hotel Impala, en Libertad y Arenales, donde dilapidaron buena parte de la plata que se habían ganado con las funciones en el Luna Park. Yo regresé a la casa de mis padres. Estábamos tácitamente separados. Cada uno haría su vida.

Así, mientras Charly comenzaba a darle forma a La Máquina de Hacer Pájaros, yo estudiaba canto en el Sindicato de Músicos que quedaba frente a la Plaza Libertad. En ese contexto, armamos un pequeño grupo con la idea de trabajar como coristas en el Sheraton de Río de Janeiro; Adriana Sica, el Hada Patricia y yo.

Las dos ya se habían acostado con Charly pero únicamente yo, en ese preciso momento, estaba embarazada de él.

Unos días antes de tomar el tren para emprender el largo viaje hacia Brasil, me hice otra intervención y fui a La Bola Loca para despedirme de Charly. La Máquina de Hacer Pájaros estaba en pleno ensayo, ajustando los últimos detalles del debut. Ana Quatraro, la corista, era una vieja amiga nuestra que solía seguir a PorSuiGieco; una cantante soulera y bien reputada que, como solía decir Charly, tenía una afinación tísica.

—¡Pórtense mal! —me aconsejó Ana.

La situación tenía los visos de una huida. Lerer me pedía que lo mantuviera al tanto, Charly tenía su foco en aquellos primeros pájaros y yo ya estaba arriba del tren, rumbo a lo desconocido. Cuando llegamos a nuestra escala en Porto Alegre los dolores en el útero eran inaguantables y casi tuve que arrastrarme hasta la farmacia más cercana. Le expliqué todo al farmacéutico, me dio unos remedios y nos instalamos en un piringundín, donde pasamos la noche.

Unos días después llegamos a Río y fuimos al Sheraton para comenzar con nuestro trabajo. Necesitábamos un montón de papeles y documentos que por

supuesto no teníamos, de manera que quedamos a la deriva. Por fortuna, apareció una familia muy rica decidida a asistirnos en nuestro exilio involuntario. Eran los dueños de un banco que, como tenían a su hija viviendo en la casa de otra familia en alguna parte del mundo, nos alojaron como una forma de compensar la historia. En un simple giro del destino Sica, el Hada Patricia y yo terminamos viviendo en un palacio de Leblón que estaba cerca del Sheraton.

Todas las tardes bajábamos en bikini a la playa que quedaba frente al hotel. A medida que pasaban las horas, el edificio empezaba a arrojar una larga sombra sobre la playa. La gente se iba retirando mientras todo oscurecía. Un día nos quedamos un poco más de lo aconsejable y subimos por una escalera que llevaba al morro. El camino era angosto, rodeado de selva. De repente aparecieron tres tipos con los ojos inyectados en sangre. Estaban dispuestos a todo. Como aquella noche con Pappo, apelé a mi esgrima verbal.

—Blablablá.

Uno de los tipos estiró la mano para tocarme. Sin un asomo de duda, me tiré por la pendiente y los tipos rajaron. Resbalé y me rebané la planta de los pies, pero logramos alcanzar la playa. Al rato llegó la policía, preparada para llevarnos de regreso al morro y buscar a los tipos. Yo estaba lista para seguirlos pero Patricia se negó por completo. Para entonces ya era una vieja loba de mar que incluso había pasado una temporada en la cárcel española cuando la engancharon con una barra de hash.

De inmediato nos fuimos a Buzios y finalmente tuve tiempo para sentarme a escribirle una carta a Lerer. Le conté, una a una, mis sensaciones; todas nuestras aventuras, que no eran pocas. Algunas eran divertidas, aunque todo aparecía envuelto en un clima de incertidumbre. No sé cómo decodificó esa carta mi psicoanalista. Probablemente se asustó y llamó a Charly para ponerlo al tanto de mi situación. En la habitación de al lado, Nito estaba barajando nombres de cantantes para su nueva banda.

Unos días después recibí una carta. Entre otras cosas, me comunicaban oficialmente la buena nueva: había sido escogida para integrar Los Desconocidos de Siempre y Charly tuvo mucho que ver en esa elección entre Nito y los productores.

10.

Tendremos un hijo si quiere venir

“Tiene manos de marfil y teclados de Taiwán, un chico conectado con la ciencia”.

Estaba muerta de miedo. Puedo verme acostada aquí, en mi cama contra la pared, sintiendo el galope de las palpitaciones. En unas horas tenía el primer ensayo de Los Desconocidos de Siempre y no estaba segura de nada, empezando por mí misma.

Un rato después entré a los estudios ION y me encontré con mis nuevos compañeros de banda. Paco Prati, Rodolfo Gorosito, Osvaldo Caló, Alfredo Toth y, por supuesto, Nito Mestre. No había tiempo que perder. Ya teníamos un repertorio en ciernes y nos habían agendado la fecha de nuestro debut oficial. Sería en agosto en el célebre Teatro Estrellas de la calle Riobamba, donde luego se montaron los estudios de Crónica TV. Con la fecha pinchada en el cronograma, arrancamos una serie de ensayos intensivos que iban a extenderse durante todo el invierno de 1976. Hacía mucho frío.

La cuenta de dos meses de servicio en el Hotel Impala se había vuelto prácticamente impagable, por lo que Nito y Charly buscaron sus propios asilos en casas prestadas. Nito se fue a vivir a la casa de unas hermanas, de apellido Avellaneda, dos bienudas cuyo padre tenía una hostería en Buzios; instaló su mochilita en un rinconcito del living donde, en el comienzo de Los Desconocidos, solíamos juntarnos a ensayar los juegos de voces que tanto les gustaban a nuestros fans. Ahí, en esa casa, la banda comenzó a jugar con una secuencia armónica de guitarra y yo me puse a cantar una melodía bastante clásica. Inspirado por su propia circunstancia de refugiado, Nito le puso la letra a “Mientras no tenga miedo de hablar”.

Aunque viva en un rincón/ aunque tenga un hilo de voz.

Mientras afinaba los detalles para el primer disco de La Máquina, Charly encontró refugio temporalmente en la casa de su cuñada, Andy Cherniavsky. Andy, que era la novia de Daniel García Moreno, estaba yéndose a Brasil y, generosamente, le dejó su departamento sobre Salguero, casi Beruti.

Aunque estábamos separados y cada uno se había embarcado en proyectos nuevos y diferentes, yo solía visitar a Charly en el departamento de Andy. En uno de esos encuentros terminamos haciendo el amor y, en el preciso momento del clímax, me di cuenta de que estaba quedando embarazada. Lo percibí con toda claridad.

Charly se fue de gira con La Máquina. Confirmé mi intuición durante su

ausencia. Estaba nuevamente embarazada. Esperé su regreso. Apenas puso un pie en Buenos Aires, fui a verlo para contarle la noticia.

—Hacemos lo que vos quieras —dijo.

El hijo no estaba en nuestros planes. Era un momento crítico para los dos, pero lo dejamos fluir. Quizás suene un poco ingenuo pero por esa misma época Alicia y León habían tenido a su primera hija. Si una amiga había logrado atravesar esa misma experiencia, de alguna manera se habilitaba una posibilidad. Sí, es definitivamente ingenuo, pero éramos unos chicos y no teníamos a nadie que nos aconsejara. En muchos aspectos, yo todavía era esa Gelsomina un poco colgada.

El día que decidimos seguir adelante con el embarazo me fui a cantar con Los Desconocidos en el Teatro Estrellas. Fue una noche extraordinaria. Sobre el escenario sentí una plenitud inesperada; solté la voz y pude expresarme con toda mis fuerzas como nunca antes. El ser que crecía en mi vientre venía a traerme alegría y liberación.

La noticia corrió rápidamente y habilitó la circulación de un rumor en el ambiente del rock. Traducido, decía que yo había quedado embarazada para evitar la separación. Pero decir que lo hice a propósito es menospreciar la inteligencia de Charly. Tampoco sabemos si en realidad fue él quien quiso dejarme embarazada para tenerme a su lado. Como fuera, “tendremos un hijo si quiere venir”. A la distancia, creo que fue una manera que ambos encontramos para decirnos, de manera inconsciente, que debíamos estar unidos para toda la vida.

En mi familia, el embarazo causó una gran alegría. Mi tía Beba, de hecho, prometió que si nos casábamos nos regalaría un departamento. Era una suerte de extorsión, pero no lo pensamos dos veces. Nuestro turno en el registro civil de la calle Uruguay estaba fijado para el 16 de septiembre de 1976.

Todavía vivíamos separados, de modo que cada uno llegó por su lado. Charly estaba hecho un dandy. Hermoso, con un pañuelito al cuello. Por el contrario, yo llegué hecha un desastre. No me había lavado el pelo y el Hada Patricia, seguramente a propósito, me había vestido muy mal. Charly siempre me lo reprochó.

La situación, por otro lado, era bastante confusa. No sabíamos si nos casábamos porque era nuestro deseo o si lo hacíamos para complacer a mi tía Beba y conseguir una casa donde criar a nuestro hijo. Finalmente entramos al registro acompañados por nuestros testigos. Patricia por mi lado, Nito por el de

Charly. Uno de mis hermanos sacó las fotos (mi tía, cuando notó que se me veía un pezón, le pidió que las tirara a la basura). No sabíamos que no tendríamos fotos de ese momento extraordinario. Por cierto, tampoco sabíamos que ese mismo día, en otro registro civil de la misma ciudad, se estaba casando Luis Alberto Spinetta. Una coincidencia mayúscula que nadie parece haber registrado en la historia de la música argentina.

Después de la ceremonia nos fuimos a comer una pizza de parados al Guerrín de la calle Corrientes. Terminamos nuestras porciones y cada uno se fue a su casa. Era momento de empezar a buscar un sitio en común para criar a nuestro hijo.

Concentrado en la grabación del disco de La Máquina, no podía contar con Charly para la búsqueda. Ese tipo de problemas domésticos le rompían infinitamente las pelotas y a mí me producía lo mismo su actitud. En ese estado de cosas grabé mi voz en “Como mata el viento norte”, con una gran cara de orto, y me puse en marcha por mi cuenta. Tenía la energía suficiente. A pesar de todo, sería un gran embarazo. Feliz, un poco solitario y rockero.

Un buen día llegué a un departamento sobre la calle Tacuarí. Había sido una casa tipo conventillo que, después de una remodelación, dejó como saldo tres departamentos nuevos. Elegí uno que tenía una cocina grande, las paredes pintadas de colores, un entrepiso y una escalera que daba a una habitación de servicio. Charly prefería los departamentos clásicos de los años 50 y 60, con cocinas amplias y molduras en los techos, pero aquella vez fue mi decisión.

Uno de mis vecinos era Miguel Grinberg. Aunque honestamente nos recuerdo más en la zona del restaurante Bachín, Miguel dice que nos visitábamos mucho mutuamente. Recuerdo, eso sí, la forma en que me ninguneaba. Era entendible. Mi personalidad no era la que se espera de una mujer que pelea por imponer lo suyo. Más allá del poco o mucho talento que posea, mi característica es otra. No me llevo el mundo por delante.

Pasaba mucho tiempo en la cocina. Tal vez de ahí viene eso de “haciendo el amor en la cocina”, una frase que decíamos mucho con Charly. Improvisábamos sobre esa frase en inglés, “making love in the kitchen”. Con los años, terminaría en una suerte de hit para mí. Recuerdo que una vez, en medio del embarazo, me agarró una pulsión sexual muy fuerte. Una calentura vital, producto seguramente de las hormonas y la felicidad. Estábamos acostados y miré a Charly sensual y provocativamente, pero él reaccionó de una manera totalmente inesperada. Me dio una mini cachetada, de hecho. ¿Un correctivo? Un bifecito indoloro, pero rodeado de silencio.

—¡No! —me aleccionó—. Vos no podés ser así.

Mi nombre es María Rosa de la Paz.

A pesar de mi inexperiencia, en aquella época yo tenía una actitud sexy y provocativa tanto en las fotos como sobre el escenario. El público masculino me amaba y yo respondía a eso con una soltura divertida y muy sensual, algo que, a pesar de todo, evidentemente estaba en mí. Hoy esa contradicción me causa risa y ternura. Ahora que estoy habitando la casa familiar de entonces, imagino a la piba que fui saliendo por esa puerta y yo corriendo a abrazarla y avisparla.

Otra vez fuimos a cenar a la casa de Gustavo Santaolalla y su mujer Mónica Campins, cantante de Soluna. Yo, que ya tenía una panza importante, me maquillé. Cuando salí del baño y Charly me vio, se disgustó. No le parecía apropiado que una mujer embarazada se arreglara de esa manera.

Algunas de mis pulsiones se volvieron más peligrosas. Cuando estaba a punto de llegar a término, salí a pasear y me metí en Harrods. Pensando que nadie me

vigilaba, me robé una blusa y me descubrió la policía. Me detuvieron y me llevaron a un departamentito de la policía que estaba en el mismo edificio.

—Usted va a tener a su hijo en la cárcel —me decía uno.

—Tiene el pelo limpio —comentaba otro.

Finalmente me dejaron ir. Unos días después, cuando conté el episodio en terapia, Lerer me decía que inconscientemente yo tenía miedo de no poder solventar nuestra vida como familia. No estoy segura de que fuera así. Para entonces, estaba acostumbrada a vivir al día, sin auto ni mayores aspiraciones que el próximo concierto de Los Desconocidos o la salida de nuestro primer disco. En la tapa del álbum, por ejemplo, aparezco luciendo mi bombo con un jardinerito. Algo nada común en un disco de rock argentino de los años 70.

Mi último recital antes del parto fue en un tugurio. La banda estaba en un gran momento y cada vez venía a vernos más público. Osvaldo Caló, que estaba a punto de irse a París para tocar con Astor Piazzolla, era muy cariñoso y compañero conmigo (quizá porque no era muy rockero). Nito también era muy compañero. Esa noche, antes de salir a escena, me miró sin una gota de lascivia.

—¡Qué linda que estás! —me dijo.

Para ir al baño, la gente tenía que pasar muy cerca de los músicos. Yo estaba con el bombo muy crecido y de repente sentí que un tipo pasaba demasiado cerca. OK, me dije, último show. Con la fecha de parto en el horizonte cercano, los controles se hicieron cada vez más seguidos. Sobre el final del verano de 1977, fui a uno de los cursos de preparto y la obstetra decidió hacerme un tacto.

—Estás para parir —anunció—. Andá a buscar las cosas. Vamos a hacer una cesárea porque es una nena muy gorda.

Se equivocó por dos. Era varón, y muy chiquito. Hoy sabemos que muchas cesáreas tienen más que ver con el tiempo de los médicos que con el de las parturientas y el bebé.

Miguel nació el 4 de marzo de 1977 a las 16.20 horas, en una de las habitaciones del Sanatorio Finochietto. Yo estaba despierta, con la peridural, y Charly no solo estuvo conmigo en la sala sino que además cortó el cordón

umbilical. No teníamos un nombre pensado; lo decidimos en el momento. Miguel era un bebé hermoso de apenas 2.540 kilos. Tuvo que pasar unos días en incubadora pero Charly lo alzaba igual.

Estaba feliz. Muy feliz. Recibía los regalos que nos dejaban los fans y todo el personal del hospital estaba pendiente de él. Además de ser una celebridad, era ese tipo altísimo, de barba y pelo largo que deambulaba por los pasillos. No podía pasar desapercibido.

Nos fuimos a casa. Pero Miguel no aumentaba de peso. Yo no tenía leche y casi no comía, pero nadie me advertía nada. Ni Charly, ni mi mamá ni nadie. Una vez tomé un jugo envasado, me intoxiqué y eso complicó aún más el tema de la teta. Para los chequeos y el parto nos habíamos manejado con la mutual de SADAIC, aunque en ese momento decidimos consultar a un pediatra muy caro y renombrado. Estábamos asustados.

—Bueno, muchachos —nos explicó mirándonos a los ojos—. Si ustedes no hacen lo que yo les digo, este chico tiene que ir a incubadora durante un mes.

Tomamos nota y seguimos sus consejos al pie de la letra. Como no teníamos heladera, guardábamos cada mamadera —con un remedio distinto— en una conservadora de tergopol, con hielo y mucho cuidado. Finalmente Miguel salió adelante.

Unos días después de aquella consulta, La Máquina de Hacer Pájaros tocó en el Teatro Coliseo. A partir de una idea piola y cariñosa de Oscar López, productor de la banda, cada persona del público recibió, con su entrada, un sobrecito con el logo de la banda y un chupetín adentro. Era una forma de darle a Miguel una bienvenida.

11.

La venganza será eterna

Santaolalla estaba cerca.

No había tiempo para detenerse. Los Desconocidos era una banda muy laburadora, con una agenda cargada de shows, por lo que tuve que reincorporarme de inmediato. Para la época, era un combo muy interesante; una mezcla justa de hippismo y excelencia musical. La gente, por otro lado, amaba nuestros temas. Girábamos por el interior, aparecíamos en la televisión, protagonizamos una publicidad de pantalones. La banda iba camino a la cima de su propia popularidad. En esa escalada, yo llevaba a Miguelito a upa.

Durante la semana visitaba a Lita, otra de mis tías, que tenía en su casa una especie de gran ropero. Era la ropa usada que las mujeres bienudas le daban para vender. Con esas pilchas y las telas antiguas que conseguía en San Telmo con el Hada Patricia, me las ingeniaba para armar, con muy poco dinero, un pequeño vestuario. Los fines de semana llegaban los conciertos y cuando subía al escenario parecía salida de un cuento. Hoy miro las fotos que me envían los fans a través de las redes y me veo. ¡Qué hermosa era!

En los shows tenía un *set* solista con las canciones “Entra”, “Iba acabándose el vino”, “Quiero ser, quiero ver, quiero entrar” y el “Tema de los devotos”, de David Lebón. Aunque en esa época era atea, amaba e insistía en cantar ese tema porque hacía vibrar en mí una cuerda espiritual que todavía estaba dormida. “Fabricante de mentiras”, por su lado, me ayudaba a actuar. Desplegaba todo mi histrionismo, tiraba pasitos y el público se divertía con el costado picaresco de la canción: *“Pero hay algo que no se puede explicar / porque la niña ríe en vez de llorar”*.

Después, en los bises, me hacía cargo del “Blues del levante”; un momento de locura en el que la fiesta llegaba a su mejor momento. A pesar de que mi actividad sexual era nula, en el escenario tenía una actitud muy desfachatada. Combinada con la temática de la canción, descolocaba a todos los tipos. Yo parecía un angelito. Un ser suave y totalmente pacífico que, sin embargo, era capaz de volver loca a la platea masculina e involucrarse en historias oscuras. Esa dualidad indicaba que, de alguna manera, mi personalidad todavía no estaba definida. Podía ser muy influenciable.

Creo que mi presencia pesaba en la imagen del grupo. Enamoraba locamente a los tipos. Las chicas, que imitaban mi forma de vestir o mis cortes de pelo, me tomaban como referente de una mujer nueva. Yo era bonita. Y aunque todavía no dominaba mi técnica, cantaba bien. Mis compañeros, sin embargo, nunca me lo dijeron; más bien, al contrario. Por ejemplo, al principio usaba mucho vibrato y me hinchaban las pelotas con eso. En casa, ni mis padres ni mis hermanos

escuchaban mis discos. Mi presencia, por lo general, detonaba una catarata de críticas y de violencia. Pese a todo, seguía siendo esa Gelsomina colgada de las copas de los árboles, cantando una oda la naturaleza y el bosque verde.

Creo que no era tan insoportable. ¿O sí? Es cierto que a menudo explotaba en los peores momentos y tenía muchas metidas de pata. También es cierto que mostraba mis buenas caras de culo, incluso arriba del escenario. A mi favor podría decir que no era nada fácil estar en mis zapatos. Estaba escribiendo en tiempo real el manual de cantante argentina de rock. Un libro que prácticamente no tenía antecedentes. Hasta entonces, ninguna mujer argentina había salido en las tapas de revistas como *Pelo* o *Expreso Imaginario*.

No pude cuidar mi trabajo, siempre en la búsqueda de algo “naranja y verde”, pajaritos de colores.

A fines de 1976 nos llamaron para ser la tapa del *Expreso*. Aunque Los Desconocidos era una banda absolutamente profesional y capaz de adaptarse a todas las circunstancias, aquella sesión de fotos fue de terror. Todos los miembros de la banda éramos muy tímidos; ninguno tenía un rasgo de

histrionismo demasiado marcado. De hecho, después de algunos conciertos, algunos solían echarme en cara —medio en broma, medio en serio— que el público estaba más pendiente de mis bailes que de sus solos. En esa época, justamente, la danza estaba relegada. Los conciertos de rock eran para escuchar.

Después, una vez que bajaba del escenario tenía que pasar a buscar a Miguel, que se quedaba con mis padres. Charly también solía tocar con La Máquina. Aun cuando no tuviera ninguna presentación, él mostraba problemas para manejarse con la crianza. Recuerdo que una vez, camino a la casa de mis padres para buscar a Miguel, me dijo:

—No… Andá a buscarlo mañana.

La cuestión femenina hizo que me hiciera cargo del niño las veinticuatro horas del día. Para entonces, Diana Lía había tenido un hijo con un músico de nuestro entorno y solíamos juntarnos a charlar y dejar que nuestros niños jugaran juntos. Incluso una vez el Hada Patricia, para no ser menos, se apareció con un antiguo bebé de porcelana. La escena, que era patética, provocó una carcajada inolvidable de Charly.

Al comienzo mi madre me ayudaba pero en algún momento desistió. Muchas veces, tuve que llevarme a Miguel de gira. Lo mismo sucedió cuando Billy Bond fundó Sazam Records —después de radicarse en Brasil— y tuvimos que viajar a San Pablo para tocar y grabar en los estudios El Dorado.

En una de esas oportunidades el Bondo y Oscar López armaron un canje entre Crucis, León Gieco y Los Desconocidos con algunos músicos brasileros y bolivianos. Como teníamos que pasar todo un mes en un apart-hotel, no planeaba llevar a Miguel. Pero la noche anterior levantó fiebre y llegó a los cuarenta grados. Armé un pequeño bolso y decidí cargarlo conmigo. Para cuando llegamos a San Pablo nos enteramos de que tenía neumonía y estuvimos internados una semana en una clínica. Me quedé todo el tiempo a su lado, hasta que finalmente salió adelante y pudimos encarar la gira. Fue muy arduo. Además de mi lugar en la banda, sumados a los bemoles de cualquier gira, tenía que ocuparme de su recuperación.

Me sentía a la deriva, muy sola en la crianza de Miguel. Disuelta La Máquina de Hacer Pájaros, Charly estaba completamente inmerso en el Festival del Amor y su nueva música. En ese período el Hada Patricia siguió a los chicos rumbo a Brasil y finalmente cogieron. Eso fue todo. Charly estaba en otra. Ya tenía en mente el concepto de Serú Girán y había conocido a Zoca. A propósito del concepto de su nuevo grupo, de Brasil y de Diana Lía (que fue la antecesora de

Zoca), uno de los temas del debut que grabarían en Brasil, precisamente la canción “Serú Girán”, fue compuesta para ella. Se llamaba “Para Lía”. La cantábamos juntos. El antiguo título terminó siendo parte de la letra con idioma inventado que eternizó a ese tema.

Hay un episodio que, aunque sea doméstico y aparentemente menor, demuestra que estábamos en las últimas. Nuestra casa de Tacuarí siempre tenía problemas con el calefón; se apagaba, o no calentaba lo suficiente. Entonces, cada vez que uno entraba a bañarse, el otro tenía que estar pendiente del artefacto. Uno de esos días Charly estaba bañándose y no me importó nada. Me fui de la casa y lo dejé con el agua fría.

Una gira por el interior marcó un punto sin retorno.

El colectivo de Los Desconocidos volvía a Buenos Aires y Nito se sentó junto a mí, que estaba mirando la ruta y el paisaje que corría por la ventanilla. De repente giró y me miró de una manera distinta. Era, a su manera, una propuesta. Reparé en él como hombre por primera vez. Nito era un tipo con un éxito muy grande entre las mujeres, pero también cargaba su cruz. No era casual que ciertas letras de Los Desconocidos tuvieran un cariz *bajoneante*, atravesado por angustias, tristezas y melancolías. Precisamente eso era lo que nos unía. Y entonces agarré viaje.

A comienzos del 78, Charly regresó de Buzios y me pidió que lo acompañara a una cena con un objetivo primordial; necesitaba convencer a Pedro Aznar de integrarse a Serú Girán. Si algo le debemos a Zoca es que Pedro se quedara en Brasil y por ende en Serú Girán. Pedro se quería ir a la mierda, no le gustaban las condiciones de vida, era muy chico y el futuro no estaba demasiado claro. Fue el propio Charly quien, más adelante, me contó esta historia: Zoca lo amansó y lo convenció. Lo hizo tan bien que Pedro quedó enamorado, hechizado; lo único que quería era estar ahí. Por supuesto que cuando empezaron a ensayar la música copó todo. Así se concretó el difícil sueño de Serú en Brasil. Mientras estábamos en el restaurante esperando su llegada, decidí contarle que tenía una relación con Nito.

—Mirá que Nito no es un tipo interesante —me dijo—. Es un zonzo.

—No me importa nada —le contesté.

A mi manera, quería dejarle en claro que mi intención era hacer a la vista de todos lo mismo que él hacía a escondidas con mis amigas. Pero entonces llegó Pedro y volví a ocupar, como pude, mi rol de mujer oficial de Charly García.

Parece que sobreactué un poco.

—Parecés Mirtha Legrand —me dijo Pedro.

Yo estaba al borde. Tenía las manos alzadas en señal de defensa. Esa misma noche, cuando finalmente volvimos a casa, Charly llamó por teléfono a Brasil para hablar con Zoca. Aunque estaba a su lado, se preocupó por hablar con un tono de voz lo suficientemente alto como para que yo escuchara todo.

—Te amo —le dijo.

Ya había decidido volver a Brasil. Unos días después juntó sus cosas. Antes de cerrar la puerta, me miró con una cara que no voy a olvidar jamás.

—La venganza será eterna —sentenció.

Charly estaba profundamente ofendido. Yo, sin dimensionar las consecuencias de mi terrible arrojo, empezaba a quedar como la villana de la película. La mujer que engañó a la estrella argentina con su mejor amigo y compañero musical. Acercarme a Nito fue mi manera, cómoda y seguramente equivocada, de encontrar una salida para una situación límite que parecía no tener final. Mi intención fue preservarme. Con el tiempo terminaría averiguando que haciendo lo que hice me expuse a un linchamiento social muy grande. A esta altura, después de casi cuarenta años, no tengo ningún interés en justificarme. Después de todo hice lo que pude, que fue buscar refugio en ese hombre tierno que me ofrecía una salida a las idas y vueltas de reconciliaciones y engaños.

En un principio lo mantuvimos en estricto secreto. Aunque no éramos celebridades, sabíamos que nuestra relación no estaba exenta de polémica y de una cierta notoriedad. Por otra parte, Nito venía de salir con una chica que llamábamos “la Japonesa”, una bienuda de origen chileno (su madre, creo, había estado casada con Pablo Neruda) que había hecho buenas migas con Diana Lía y el Hada Patricia. De manera que Nito podía pasar la noche en mi casa de Tacuarí pero se levantaba muy temprano, desayunaba y se iba.

Una mañana, el Hada Patricia apareció de sorpresa con el propósito evidente de averiguar qué estaba pasando. No era raro; siempre se amigaba con las bienudas. Patricia entró de golpe pero Nito ya se había ido. Sin embargo, encontró sobre la mesa una bandeja con dos café con leche.

—Tu marido es un hijo de puta —me dijo hablando de Charly.

—¡Mi marido no es ningún hijo de puta! —le contesté.

Por esos días comenzó a disputarse el mundial de Argentina 1978 y Los Desconocidos nos fuimos del país para grabar las voces de nuestro segundo disco en San Pablo. Terminamos el trabajo muy pronto. Antes de subirme nuevamente al avión para volver, decidí pasar a visitar a Charly y a David; habían alquilado la típica casita de clase media baja de los suburbios de San Pablo. No sé si el taxista me dejó mal o la casa quedaba cerca del hotel, pero me veo arrastrando la valija por varias cuadras sobre unos zuecos altísimos. Nos veo sentados en un colchón apoyado sobre el suelo, mirando un partido de fútbol en silencio, bajo la luz de una cortina roja. Charly, David, María "la Sueca" —una divina, la mujer de David y madre de Nayla— y yo, amparados por una luz solar escarlata en un silencioso barrio paulista.

—¡Correte, David! —le pedía la Sueca—. ¡Estás muy cómodo vos!

—¿Y quién te dijo a vos que estoy cómodo? —le contestó David, en un delicioso *script* del momento.

El que siempre parecía estar cómodo era Charly. Planeaba muy por encima de cualquier circunstancia. Aunque los dos sabíamos que nuestra separación era definitiva, pasamos la noche juntos y abrazados. A primera hora, antes de que se despertara, me levanté y me fui al aeropuerto.

Ese mismo día, por la tarde, llegó Zoca.

12.

Mientras no tenga miedo de hablar

David en la batería, Nito al principio cantaba sentado, Rinaldo flaco, Charly con camisa de seda desabotonada, ¡hermoso!

Nito me rescató.

Yo era como esos perritos purulentos que encuentran en un baldío cubierto de papeles de diarios. Aunque no quiero culpar a nadie.

Quizás el abandono era una sensación que precedía mi relación con Charly para remontarse al tironeo entre aquellas dos madres, a la imposibilidad de conformarlas a las dos. Quizás se remonta a Amy, la chica de la calle que mi madre trajo a casa para invadir mi lugar de mujer. Quién sabe. Lo cierto es que Nito, el muchacho por el que todas las chicas morían excepto yo, me encontró en el baldío y me ayudó a recuperarme.

Apenas blanqueamos la relación se vino a vivir a casa y nos protegió tanto a mí como a Miguel. Hacía tan bien el rol de jefe de familia que, al poco tiempo, armamos esas salidas típicas de parejas con hijos chiquitos. Nito tenía su propio auto y nos íbamos a la quinta de SADAIC junto a León, Alicia y Liza, la hija de ambos, que tenía casi la misma edad que Miguel. Bajábamos con nuestros canastos y nos encontrábamos con otros artistas de clase media que tenían responsabilidades, hijos y una vida sencilla. Lo recuerdo a Enrique Cadícamo y muy especialmente al Zurdo Roizner, que practicaba con un pie de bombo al borde de la pileta. Era una linda vida familiar.

Nito solía decirme que le encantaba hace el amor conmigo porque con un único polvo se quedaba satisfecho. Con su mujer anterior, me explicaba, tenía que hacerlo dos o tres veces. Nuestra vida juntos no fue, sin embargo, un jardín de rosas.

Una noche, mientras dormíamos, se levantó y empezó a gritar como una bestia salvaje. Sacudía los brazos y arrasaba con todo lo que encontraba a su paso. Arrojó, incluso, una lámpara *art déco* que me había hecho mi padre (y que yo amaba). A pesar del estruendo, Miguel siguió durmiendo su sueño de niño en la planta baja. No era la primera vez que sucedía algo semejante. Nito tuvo episodios de sonambulismo desde muy pequeño. Claro que no era la imagen romántica del tipo en pijamas, con los ojos cerrados y las manos hacia delante. Era un sonámbulo bravo al que inclusive alguna vez llegaron a atar. Cuando era muy jovencito había perdido a su padre y aquella herida le dejó un gran vacío que solía manifestarse de diferentes maneras.

En una oportunidad, mientras pasábamos unos días en la casa que su madre tenía en Mar del Plata, nos tomamos un ácido que le pegó muy mal. Para intentar cambiar el signo del viaje, me quedé a su lado y comencé a hablarle de bueyes

perdidos.

—¡Qué suerte que estás! —me dijo tomando mi mano.

A pesar de que teníamos un grupo consolidado, Nito solía estar triste. Además de su pérdida original, cargaba sobre sus espaldas la mochila de la separación de Sui Generis. Y no era el único.

El comienzo de los teclados y del bigote bicolor.

Hay una escena que pinta muy bien ese sentimiento. Un día pasé por la casa de Charly y nos quedamos charlando en el living mientras veíamos a Miguelito jugar en el piso. Los Desconocidos estábamos en nuestro mejor momento, pero los primeros pasos de Serú Girán en la Argentina resultaban muy duros. Estuve entre el público aquella noche en el estadio de Obras y las críticas me provocaron mucha bronca. El público y los periodistas no habían sintonizado

con el humor de la banda que, para colmo, se la había jugado con una orquesta que no estuvo bien amplificada y complicó aún más la llegada de los nuevos temas al público. Charly ponía toda su energía en sacar adelante su nueva criatura, pero miraba el futuro con un poco de pesimismo.

—Ahora estoy bastante opacado por Nito —me confesó—. Ustedes pasaron al frente.

Yo me reía porque entendía lo absurdo de su sentimiento. Charly pensaba que su carrera había llegado a un punto crítico. Yo intentaba disuadirlo. Cualquier proyecto que abordara iba a ser celebrado; la gente lo amaba. En ese momento todos nos dábamos cuenta de eso, menos él.

—No te preocupes, flaco —le dije.

Podíamos estar distanciados, enojados y lleno de reproches pero a la hora de hablar de música éramos honestos el uno con el otro. Yo tenía lo que llamaremos “distancia escénica”. Y amaba su obra. En ese sentido, nuestra separación fue una lástima; éramos una pareja hermosa.

Como cuenta en *La invitada*, Simone de Beauvoir soportó toda clase de cosas durante su matrimonio con Sartre. Llegó al punto de decidir matar a esa mujer colada. Yo no iba a asesinar a las infiltradas pero tampoco quería eso para mí.

O quién sabe. Si alguien me hubiese aconsejado con un poco de perspectiva, quizá lo hubiese soportado, como hicieron otras parejas del ambiente. Tal vez podríamos haber sellado esa suerte de pacto según el cual cada uno puede tener una vida paralela sin llegar al divorcio. Es un plan respetable y honesto. Quizás hubiese funcionado para Charly y para mí. No lo sé.

En esos días participé de una sesión de terapia grupal con Isaac Lerer y en un momento teníamos que dibujar lo primero que nos venía a la mente. Yo dibujé una pelota.

—Esa pelota sos vos —me dijo mi psicoanalista.

Capté la metáfora. Un rato con mi vieja, otro rato con la tía; un rato en manos de Charly, otro en manos de Nito. Pero yo no era una pelota.

La mentira de la fama, el mundo del espectáculo y el estrellato se deshacía en su propia materia, que es el humo. Poco a poco, a medida que se despejaba esa

nube, empezaba a delinearse mi identidad espiritual y mi deseo más grande: alcanzar el conocimiento de mí misma.

13.

Fabricante de mentiras

Los primeros shows por el interior del país.
Charly siempre alegre, siempre al palo y *clean and sober*.

Logré alquilar el departamento de Tacuarí a una familia de chinos y Nito consiguió un departamento en el barrio de Belgrano. Nos mudamos y mi carácter de madre fue imponiéndose poco a poco. Cocinaba mañana y noche —Nito a veces me retaba, “¡pará de cocinar!”— y en casa no se fumaba porro. Excepto algún almuerzo en el que bebíamos vino con soda, rara vez se tomaba alcohol. No teníamos urgencias económicas, aunque tampoco había para dilapidar. Contábamos con lo suficiente como para comer, pagar el alquiler y mantener el auto. A primera vista, funcionábamos como una familia feliz. Yo hacía gimnasia y, sobre todo, arranqué a hacer yoga en un lugar llamado El Sendero. Fue el inicio de una cura que todavía agradezco.

—Usted no es tonta pero parece —me dijo Héctor, el instructor.

A una cuadra estaba el jardín de infantes al que comenzó a ir Migue. Yo le compraba ropita loca y lo tenía divino. Para entonces ya era bonito, extrovertido y encantador. Un chiquito muy inteligente y apegado a mí que, desde muy temprano, desarrolló tanto ese humor particular que tienen los músicos como una fijación con algunas comidas.

—¡Empiece a darle papas fritas! —nos había dicho el pediatra.

¡Qué bestias pueden ser algunos médicos! Por culpa de ese consejo, nunca pude sacarle las papas fritas ni la gaseosa (como su padre, Migue era fanático de la Coca-Cola). No había caso. Miguel no quería comer otra cosa y llegó un momento en el que sentarse a la mesa se convirtió en una tortura. Después, con los años, me confesó que no comía porque miraba en la televisión a una mujer italiana que daba clases de cocina y quería que yo fuera exactamente así, una señora gordita y ama de casa que prepara platos elaborados.

Al principio Charly no aparecía demasiado, a pesar de que yo lo necesitaba más cerca de Miguel. Una noche compartimos un festival con Serú Girán y le pasé mi factura en el medio del camarín, frente a todos los músicos.

—Che… A ver cuándo aparecés a buscar a Miguel.

Charly se quedó callado. Se hizo un silencio frío que recorrió el camarín. Esa clase de comentarios continuaba alimentando mi fama de loca mala. Hoy entiendo que mi pedido estuvo fuera de lugar. No era una situación sencilla para Charly. Aunque su historial de engaños era frondoso, su hijo vivía en la casa de

su compañero y amigo que, además, se había llevado a su mujer. A los pocos días, sin embargo, juntó fuerzas y pasó a visitarnos.

Allí estábamos otra vez los tres, Nito, Charly, Miguelito y yo. En apariencia lo vivíamos sin tensión. Estábamos acostumbrados a ese tipo de situaciones un poco *crazy;* pensábamos que podíamos crear nuestras propias leyes. De repente Charly se metió en el baño y dejó la puerta abierta. Estaba frente al espejo, acomodándose su nueva melena para ver a su hijo.

—¡Dale, Farrah Fawcett! —le dije con bronca.

Desde entonces logramos establecer una dinámica de visitas y encuentros un poco más saludable, aunque Charly insistiera con su costado frívolo.

—¡Ponelo lindo y traémelo! —me decía cuando me llamaba por teléfono.

Miguel era de lo más hermoso, simpático y piola. Charly empezó a amarlo y a estar orgulloso de semejante nene. Un buen día, cuando pasaron a buscarlo para festejarle el cumpleaños en su departamento, finalmente conocí a Zoca. Una potra, la Zoca. La Naomi Campbell brasilera. Era casi tan alta como Charly, tenía buena cola y cuando hablaba hacía unos mohines muy simpáticos. Nos llevamos bien. Creo que con Miguel un poco jugó a la mamá. Él la adoraba. Llegó a decirme que era su otra mamá. Cerrame la ocho, las tres y la seis.

Charly, por su parte, no perdía ninguna oportunidad para asestarme su espolón de escorpiano y a veces me tomaba por sorpresa.

—¿Y? ¿Con Nito tenés charlas mimosas de apodos y palabras inventadas como teníamos nosotros? —me preguntó una vez—. Porque yo con Zoca sí.

El más grande músico argentino de su época quería saber si su ex tenía un idioma privado con su pareja actual. No, no lo teníamos. Charly siempre fue muy perceptivo. Primero tácitamente y luego de un modo más evidente, las cosas con Nito empezaban a desmoronarse. Aunque habían pasado unos cuantos años, Diana seguía haciendo comentarios agresivos contra Zoca; me parecía extraño que se solidarizara conmigo en algo que ya estaba metabolizado para mí.

Pero el rayo bajó otra vez y la pieza encajó perfectamente. Cuando Charly y yo nos dijimos adiós para siempre, el minerío alrededor esperaba ser la ganadora del nuevo anillo. Así como yo sabía que no me quedaría con su amigo, pienso

que él sintió lo mismo y buscó afuera, que es lo que se aconseja en estos casos.

Ahora que el puzle va tomando forma puedo entender que Tecla, la mamá de Nito, estuviera algo alarmada por la situación. Aunque no nos mantenía económicamente —yo también cobraba mi dinero por los shows de la banda— veía a su hijo haciendo de padre del hijo del mejor amigo. De manera que cuando Nito cobró un dinero pendiente, Tecla lo alentó a viajar y disfrutar la vida por su cuenta. Así fue que Nito se compró un pasaje a Estados Unidos, uno de los destinos predilectos para muchos exiliados de nuestro rock como Edelmiro Molinari, Gabriela, Gustavo Santaolalla y buena parte de los Crucis. Nito, sin embargo, fue de paseo. Y fue solo.

Para mí era perfectamente natural. Algo, sin embargo, me roía. A pesar de nuestro pacto de austeridad, cuando Nito volvió se encontró con dos grandes parlantes que yo había comprado para poder escuchar música. Pude percibir una mueca de disgusto. León y Alicia, que un tiempo más tarde también partirían hacia los Estados Unidos, fueron testigos de una frase profética.

—Nuestra relación… —dije en una cena— es una relación de papel de arroz.

Fina, delicada y semitransparente. No muy fuerte. Ellos se peleaban y tenían grandes discusiones —y aún siguen juntos—, mientras nosotros nos hundíamos en silencio. Irradiábamos una imagen de pareja sólida, aunque nuestra vida como amantes se enfriaba a gran velocidad; ni siquiera lográbamos establecer una conexión artística. Llegamos a escribir “Mientras no tenga miedo de hablar” pero no aprovechábamos esa posibilidad extraordinaria de hacer música juntos. Los Desconocidos, además, mostraban fisuras en otros planos.

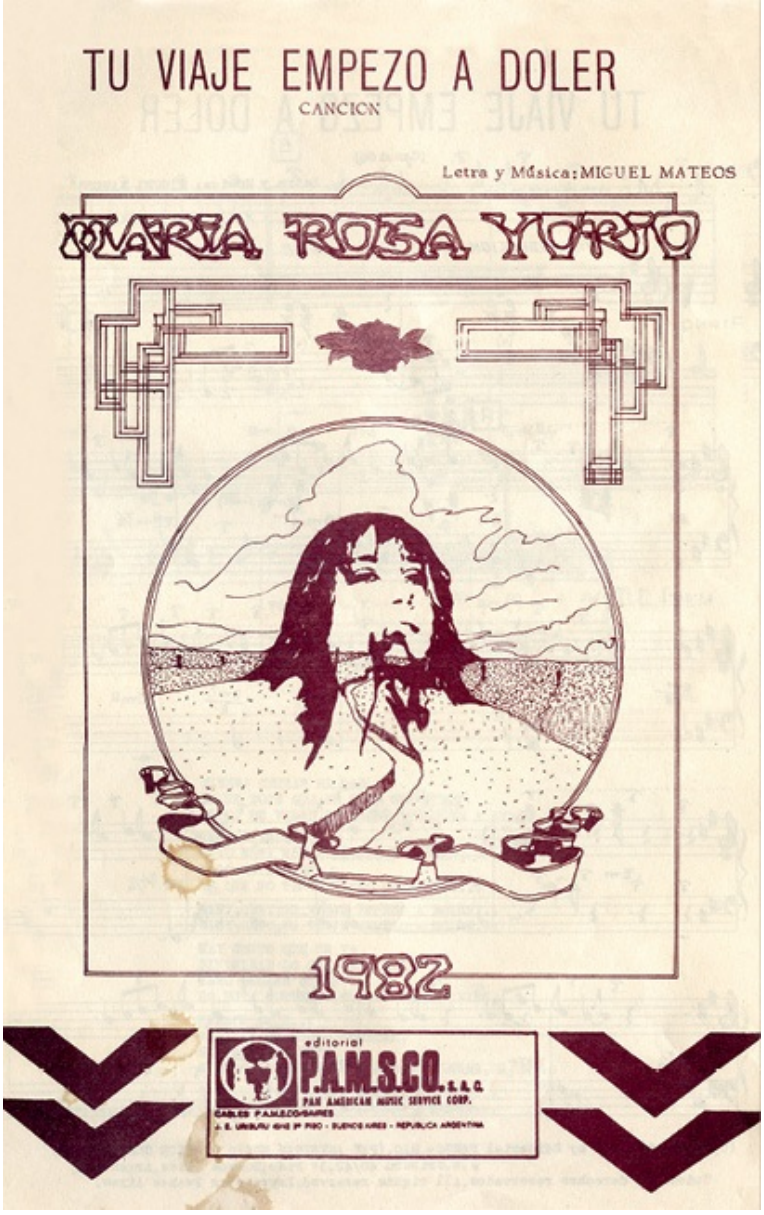
Entre el público y las revistas éramos considerados la banda del momento. A pesar de esto, algunos de los integrantes se quejaban de que no teníamos la suficiente cantidad de trabajo. Ciro Fogliatta, que jugaba con una pilita de monedas en sus manos, insistía tanto en ese punto que empezamos a decirle “Amargo Obrero”. La falta de dinero se volvió rápidamente una presión. Todos vivíamos al día y poco a poco comenzaron los cambios de integrantes. Pasaron varios tecladistas (Alejandro Lerner, Eduardo Zvetelman) hasta que el Mono Fontana pasó a los teclados, después de haberse sentado un tiempo en la batería. Allí fue cuando entró en escena Mauro Caniles. Allí fue cuando todo, por decirlo así, se fue a la mierda.

Caniles ofreció pastillas y seducción para todos apenas puso un pie dentro de la banda. Era un tipo muy chistoso y no le costó adueñarse de la onda de la

banda. “Los capos”, como se llamaban a sí mismos aquellos que escuchaban a Jeff Lorber. A Nito y a mí nos ninguneaban un poco; sus humoradas eran crípticas. Entre nosotros había germinado el caldo de cultivo perfecto para que también ingresara la cocaína y hacia allí nos lanzamos todos. Los Desconocidos, que rara vez pasaban más allá de una copa de anís antes de los conciertos, se fueron por la borda.

Todo ese despliegue de simpatía y sobreactuación de Mauro Caniles estaba dirigido hacia mí, algo que entendí más tarde; él había entrado con eso en la cabeza. Eventualmente, este señor y yo comenzamos un romance que, aunque todavía era insospechado, no solo abría una de las peores experiencias de mi vida sino también la brecha que iba a terminar con el grupo. Por alguna razón que se me escapa, me sentí atrapada. Hui desesperadamente de mi relación con Nito y me llevé a Caniles vivir a mi casa. Lo que vino después me lo reservo. No es materia de este libro. Ni de ningún otro.

Comprensiblemente, Nito no quería saber nada conmigo y tuve que dejar la banda. Caniles, sin embargo, siguió tocando un corto tiempo más con Los Desconocidos. Habíamos llegado a un nivel de demencia tal que, cada vez que tenía un show, la banda completa pasaba por nuestra casa. Y ahí estaba yo, tratando de asimilar las consecuencias de mis actos, una catástrofe a nivel humano que me dejó una espina por mucho tiempo.



Partitura del disco *Mandando todo a Singapur*

Tiempo después le escribí una carta al Mono Fontana para disculparme por no haber estado a la altura del grupo. Por mi timidez, por mi desprolijidad, por mis errores. El Mono tuvo un gesto muy amoroso cuando me respondió que él entendía, que las cosas pasan por algo y que, como seres humanos, podemos equivocarnos.

Claro que mi historia con Caniles duró un instante y fue un desastre de principio a fin. A partir de entonces me propuse estar sola, decidida a encontrarme de una vez por todas a mí misma y ocuparme de Miguel. Aunque ya estábamos a finales de los años 70, la crianza de mi hijo continuaba

funcionando a la vieja usanza del mandato social, en soledad, con un padre que solo aparecía para las cosas lindas.

No eran tiempos sencillos. Mi posición económica era mala, no tenía trabajo. Para conseguir el mango debía tocarle la puerta a García todos los meses. Cuando decidimos separarnos formalmente, con Charly habíamos recurrido al Doctor Stefanolo —que patrocinó a Charly— y a su esposa Graciela —que se ocupó de mí—. Otra vez mezclados, echando mano de las personas que estaban a nuestro alrededor. Así, sin consultar a nadie acerca de lo que sería mejor para mí y el niño, se asumió sin ningún comentario que yo no recibiría nada. O mejor aún, que no merecía nada.

Era la pena más suave que podía merecer por haber humillado al artista más querido.

Mi familia también miró para otro lado. A partir de entonces, todos los meses hacía un trabajo de inteligencia, me comunicaba con el mánager de ese momento, y a los diez días lograba cobrar unos mangos.

Revisé mi agenda y busqué el teléfono del Nono Pugliese, un legendario productor de la época que era el marido de la modelo Claudia Sánchez. Nos habíamos conocido durante el rodaje de la publicidad de los jeans Far West con Los Desconocidos. Mientras trabajábamos, el Nono me contó que tenía un estudio de grabación enorme. Había un piano y estaba a mi disposición, por si algún día necesitaba grabar un demo. El aviso de los jeans nunca salió al aire —resultamos demasiados hippies para la empresa— pero en mi agenda quedó marcado el teléfono de Pugliese. Finalmente, el día había llegado.

El siguiente llamado fue a Charly. Aunque no planeaba revelarle el repertorio hasta habernos metido en el estudio, necesitaba que alguien me acompañara en el piano para grabar “La Bohème”, “Entra”, “Bartender’s Blues” (de James Taylor), “Both Sides Now” (de Joni Mitchell) y “Seminare” —con su letra original, *“si pudieras desnudarte ahora”* en lugar de *“si pudieras olvidar tu mente”*). Era, en buena medida, el repertorio que hacíamos cuando nos conocimos. En la pensión, en Cucha Cucha, cuando estábamos enamorados.

Claro que no hubo ensayo. Nuestros planes eran pura intuición. Mi canto, las canciones, el registro. Yo solo quería piano y voz, los dos solos en el estudio, *play* y *record*. Grabar el demo y conseguir laburo.

Pedí un taxi y pasé a buscar a Charly por su departamento en la calle Chacabuco. Subió y partimos rumbo al estudio. Fue un viaje muy loco. Ya estábamos separados de corazón pero todavía me resultaba muy difícil relacionarme con él. Estaba resentida, ligeramente ofendida. Miraba la calle por la ventanilla sin saber qué me pasaba.

Para Charly era diferente. Se lo tomaba de otro modo. En un momento me di vuelta y advertí que estaba mirándome. No me dijo una palabra. No había necesidad.

—Estamos acá, boluda, ¿no te das cuenta? Hablemos de nosotros.

14.

Con los ojos cerrados

Para un show mío, pasé a buscarlo con una limo. Cuando escuchó los primeros acordes de la canción “For Free” subió al escenario, corrió al tecladista de mi banda y cantó conmigo esa canción de Joni Mitchell que tanto amábamos. Al

terminar el show no lo vi, se había ido con la limo a pasear.

Por las mañanas soy ama de casa
por las tardes mi hijo al jardín
luego la noche me regalará sus estrellas
para sentirme bella y poder cantar.

Eso decía en “Semana de una cantante”.

Animada por el gran Oscar López me puse a buscar un repertorio para mi primer disco como solista y León Gieco compuso aquella canción a mi medida. Por mi propia vivencia como madre, las canciones que empezaron a parecer no eran agresivas sino muy melódicas. Tonos suaves, ritmos lentos. Algunos temas con David Lebón, una versión de “Cuatro estrofas” de Lerner y una guitarrista muy jovencita, silenciosa y trabajadora, que era la novia del Mono Fontana. Se llamaba María Gabriela Epumer.

La mayor parte del disco lo produjo justamente Fontana, aunque una canción quedó en manos de Big Bigote. Charly apareció en el estudio de muy mal humor pero era un problema estrictamente estético. No le molestaba producir una canción del disco de su exmujer. Lo que le disgustaba era “Yo no te poseo”, el tema de Miguel Cantilo que yo había elegido. Una balada de piano y voz que marcaba la tónica del álbum *Con los ojos cerrados*.

La recepción de los periodistas no fue buena. Esa música tal vez caía mal en los tempranos 80. Quizás influyó que yo era una de las primeras mujeres que sacaba un disco con una producción más o menos importante. O tal vez fue porque era la ex mujer de la estrella, que lo dejó para irse con su amigo. En algunos sectores me la tenían jurada y me criticaban hasta por la manera en que me vestía. Por entonces compraba ropa de segunda mano, la intervenía y le ponía mi toque personal. Muchos años más tarde eso fue *cool* aunque entonces lo usaban para atacarme. El mundo suele ser así, un poco cruel.

Últimamente, con la aparición de las redes sociales, empecé a recibir mensajes de mucha gente que todavía disfruta de aquellas canciones. Incluso algunos periodistas como Alfredo Rosso me mostraron su gusto por el disco. Pero se ve que en aquella época yo salía poco. Por esa maldita repetición neurótica, no pude festejarlo. Algunas críticas me hirieron de bala.

Polimeni me llamó para hacerme una nota en *Clarín*. Mientras esperaba por la entrevista, me encontré con Pedro Pujó y me criticó duramente por la manera en que estaba vestida. Por entonces solo me vestía, pintaba y “me ponía bonita” para los shows o la tele. En mi día a día andaba muy sencilla.

Unos días después, cuando llegué a la sesión de terapia, mi psicólogo tenía la nota del diario *Clarín* sobre el escritorio.

—¡Cómo puede ser esto! —dijo, visiblemente enojado.

En su columna en la revista *Humor*, Gloria Guerrero escribió que los coros estaban desafinados. Como es sabido, lo peor para un cantante es precisamente que le señalen que desafina. Al poco tiempo nos encontramos en un ómnibus en el que viajábamos músicos y periodistas hacia algún festival. Como diciendo "esta es la posta", Gloria escuchaba un casete de Chany Suárez con su *walkman*.

—¿Viste lo que escribí sobre vos? —me preguntó.

—Sí —le respondí—. Te odio.

Cuando estaba en bambalinas, a punto de salir a cantar en el Festival de La Falda, se me acercó Roberto Pettinato. Los músicos ya estaban en escena y yo estaba aguardando el momento justo para pisar el escenario.

—Ojo que te estoy viendo —me dijo—. Soy el machista de Pettinato.

Después, con su cinismo habitual, me hizo pelota en el *Expreso Imaginario*. Menos que en la música o mi *performance*, todo el veneno de la crítica estaba concentrado en un accesorio, una diminuta carterita de París que, seguramente, era un regalo de Beba.

Yo estaba muy bajoneada y me encontré con Alejandro Lerner. Él me agarró de la mano y fuimos a verlo al tipo. Lerner tenía sus propias razones para desafiar a Pettinato, que también había sido muy duro con su disco. Caímos en la radio en la que trabajaba, lo enfrentamos y Lerner le reprochó en la cara todo lo que había escrito. La diferencia entre su actitud y la mía era elocuente. Alejandro se hizo fuerte frente a las críticas. Esa misma situación, a mí me aplastó. No iba a imponerme a como diera lugar. Si la gente se fijaba en mi música, perfecto. De lo contrario, mucho más no podía hacer.

No sabía defenderme. No tenía la personalidad necesaria como para sobrevivir y sobresalir en ese ambiente tan amenazante. No tenía ese mínimo histrionismo que tienen absolutamente todas las personas que alguna vez fantasearon con subirse a un escenario. Pensaba que el artista debía estar en otra frecuencia, y no únicamente para disponer de su ego. Evidentemente yo tenía,

también en eso, una gran confusión. No voy a hacerme la Rosa de Luxemburgo. En buena medida, creo que parte de esa mala energía que se arremolinaba a mi alrededor se alimentaba cada vez que Charly, todavía lastimado, hablaba mal de mí en algunas reuniones sociales.

Sin embargo, un llamado de Oscar López me devolvió el ánimo para ponerme nuevamente en carrera. Tomé un colectivo y partí rumbo a Liniers para conocer a ese músico joven que tenía un tema para mí. El muchacho, que vivía con su mujer arquitecta, se llamaba Miguel Mateos. La canción era “Fanny da bola”.

La idea era meter elementos nuevos y forzar un poco la interpretación hacia un lugar más jugado y mucho más rítmico que mi primer disco. Probar esa manera que tiene el reggae de cortar las frases, y acentuarlas. Creamos tan buen espíritu de trabajo que Miguel siguió componiendo para mí y le propuse que produjera todo el disco. Su mujer realizó la portada inspirada en el título, *Mandando todo a Singapur*. Hicimos las fotos en una jungla de bambúes. Yo aparecía medio en bolas, cual indígena pop, y sumamos el dibujo de un dragón chino atravesando las letras (en manuscrito) de las canciones. Fue un gran disco; una suerte de renacimiento new wave.

Prueba de sonido para un show de Los Desco en algún lugar del interior del país.

Por aquella época Carmen, la mamá de García, me invitó a pasar un fin de semana con Migue en la quinta que Serú había alquilado para ensayar. Como la banda estaba de gira, podíamos aprovechar la pileta y la casa a nuestras anchas. Era un buen plan.

Entramos al predio. Cuando llegamos al jardín, pude ver una foto de Miguel Mateos clavada con una navaja en el tronco de un árbol. Me pareció un gesto infantil, exagerado, y también machista; como si yo no pudiera seguir haciendo música con alguien que no fuera Charly. ¿Tendría miedo a la competencia musical? Pero me reí.

Empujada por las canciones de aquel disco y la apertura democrática, ya había empezado a trabajar mucho en el circuito de pubs de los tempranos 80. Era el gran destape. El signo de los tiempos. Una noche hice una fiesta en mi nueva casa de Florida. Abrí las puertas y cayó buena parte de la escena del rock argentino, incluyendo a Charly y Zoca. Fue una celebración con abundante despliegue de cocaína en la que, llegado un punto, Zoca amenazó con sacarse el corpiño para imponer una onda más brasilera. Aunque Charly se puso muy incómodo y no se lo permitió (esas cosas no le gustaban para nada), la anécdota marcó el pulso de la época.

Cuando Celeste Carballo editó el álbum *Me vuelvo cada día más loca*, la reconocí apenas vi la tapa; era la hermana de Violeta, la mujer de Juan Rodríguez. Esa chica que cantaba “Una canción diferente” con David Lebón era la misma muchacha hermosa que había desatado un volcán de testosterona en el backstage de algún show de Sui Generis. También aparecieron Fabiana Cantilo, las Viudas e Hijas de Roque Enroll, Isabel de Sebastián; el ambiente empezaba a poblarse de chicas que cantaban. Había una nueva sensibilidad. Un marco en el cual “Haciendo el amor en la cocina”, una oda a la felicidad de ser madre y cuidar una familia (aunque el personaje masculino de la canción fuera solo un anhelo), podía convertirse en un hit. Un marco en el cual podía sentirme menos sola como mujer. Crecía una percepción muy particular sobre mi persona.

Algunas chicas pensaban que yo era una mina capaz de avanzar y levantarse a los hombres. Una noche, por ejemplo, coincidimos con Charly en la pista de la disco New York City, en Colegiales. Él estaba en su mejor momento. Para joderlo un poco, me acerqué y me puse a bailar a su lado. Regina, la mujer de Oscar Moro, pensó cualquier cosa y me pegó una piña. Una situación insólita que, de algún modo, era moneda corriente en los años 80. Las mentes funcionaban de otro modo.

Algunos varones, además, pensaban que yo era la culpable de una especie de

crimen. Recuerdo un viaje en colectivo en el que estaba sola y se me acercó un tipo.

—¡Vos sos la hija de puta que separó a Sui Generis! —me dijo.

Me quedé en silencio y miré la luz del día. Sabía que la acusación no solo era injusta y horrible. También era una mentira. Sin embargo, no pude responder una sola palabra. El colectivo estaba bastante lleno, se veía oscuro y polvoriento por dentro. Todo un palo ya lo ves.

Yo luchaba por pisar la tierra y recién ahora entiendo un ejercicio que hacíamos en un encuentro de terapia grupal, cuando la psicóloga nos hacía golpear la tierra con los pies para ver si enraizaba un poco.

Arriba de ese colectivo fue la primera vez que tomé contacto directo con lo que sentía una parte del público y muchos músicos del rock argentino. Recién entonces comencé a plantearme seriamente las consecuencias de mis actos. A preguntarme por qué, en aquel bendito momento, nadie me había zamarreado para decirme “¿no te das cuenta de lo que estás haciendo?”. Ese consejo nunca llegó. Nunca. Quizás había en mí una fuerza destructiva muy poderosa que, del mismo modo en que se enfrentaba a la autoridad y las instituciones, podía romper con alianzas más íntimas.

La relación con Charly, a pesar de todo, tenía sus matices. Muchas veces iba a visitarlo a su casa, tomábamos un poquito de merca juntos y hasta llegábamos a tener un contacto íntimo. Una hora después me saturaba de todo lo que pasaba a su alrededor y me iba. Otras veces nos cruzábamos en algún estudio de grabación y él, con un arranque de despotismo, podía echarme delante de todos.

—¡Andate de acá! —me gritó una vez.

Aunque estaba en uno de sus picos artísticos, con más éxito que nunca, él atravesaba uno de los momentos más duros de su vida. Su hermano Enrique había muerto en un accidente de autos y Charly, que siempre había querido mantenerlo al margen del rock, se sentía devastado. Y culpable. Entró en una crisis muy grande. Yo, aunque todavía no lo sabía, tiraba por la borda un hermoso disco como *Rodillas*. El juego había cambiado. *Parte de la religión* es el retrato de ese período de crisis espiritual.

A pesar del agua que había corrido bajo el puente, yo seguía escuchando la música de Charly como público. Lo hice incluso en nuestros momentos de mayor distanciamiento. No fue que se terminó y dejé de conectarme con sus

canciones. Fui capaz de disociar la obra de la persona desde el comienzo. Lo escuchaba en la radio, compraba los discos, iba a los recitales e incluso lo llevaba a Miguel. Nos sentábamos en nuestras butacas y, mientras esperábamos que se apagaran las luces, acaso recibíamos el saludo de Andrés Calamaro o algún viejo amigo. Luego escuchaba el primer acorde y no había lugar para la duda, la música de Charly García seguía enamorándome.

15.

Total interferencia

Migue y María en el camarín del *Concierto Subacuático.*

Miguel tenía manos de marfil y teclados de Taiwán. A los nueve años, Charly le regaló una computadora y al poco tiempo ya sabía manejarla perfectamente. Tenía una curiosidad insaciable. Muchas veces me quedaba asombrada escuchándolo hablar de tal o cual tema. También se volvió incontrolable.

Migue se rateaba mucho de la escuela. Tenía una escopeta de aire comprimido y una especie de daga o cosa filosa que usaban las pandillas callejeras. Se la saqué y le prohibí que usara esas cosas. Pronto empezó a llegar a casa de madrugada y le pesqué un paquete de cigarrillos, aunque se justificó diciendo que era de uno de sus amigos. Tuvimos una gran pelea y recibí una piña en el ojo. Me dejó una aureola morada durante varios días. Hicimos una reunión con Lerer. Charly, Miguel y yo. Otra vez ahí, pidiendo ayuda. Pero Miguel se escapó corriendo y nos quedamos solos con el psicoanalista, sin saber qué hacer. Salimos de la sesión de terapia y, mientras yo quería salir a buscar a Miguel, Charly me miraba con deseo. Un rato después entré al edificio en el que vivíamos y el portero me dijo que Miguel estaba en la terraza. Subí por el ascensor. Apenas abrí la puerta lo vi fumando, acostado sobre la cornisa que daba al vacío. Me acerqué muy despacio para no sobresaltarlo. Ni bien llegué a su lado, lo agarré de los pelos y lo tiré al suelo.

Cuando cumplió trece años, finalmente se fue a vivir con su padre. El séptimo piso de Coronel Díaz no parecía demasiado hospitalario para un preadolescente. En una habitación estaba Miguel, luego había un pasillo y, más allá, estaba Charly García en una de las etapas más *high* de su carrera. Dinero, drogas, mujeres. Todos pensamos que sería por unos días pero Miguel, que siempre disfrutó de la buena vida, no quería volver a mi casa. Zoca me pidió una reunión para hablar sobre la urgencia de la situación. Yo entré en pánico.

Barajamos la posibilidad de poner a una asistente social. Aunque mi terapeuta, que además trabajaba en Tribunales en temas de la infancia, me aconsejó que no lo hiciera. Solían ser muy invasivas y la tendríamos encima hasta la mayoría de edad de Miguel. Además me decían que su comportamiento era normal. Todos valoraban como positivo que un chico de esa edad necesitara estar más cerca de su papá. Para mí era muy duro. Tocaba el timbre y no me abrían la puerta.

La manera que encontró Miguel para que no lo sacaran de ahí fue mentir. Decía que la vida a mi lado era insufrible; y que yo le pegaba mucho.

Lo mismo dijo en la escuela. Un día aparecí para ir a buscarlo y el director no me permitió acercarme a él (nota de color: Diana Lía era la amante del director

de la escuela, adonde también asistía su hijo). Me relajé y decidí que, a partir de entonces, ya no recibiría el dinero que Charly nos daba.

Aquella madre formal que cocinaba todos los días, llevaba a su hijo al colegio y al profesor de piano, se encontraba en el umbral de un abismo. Un período complejo, repleto de claroscuros. Excesos, soledad, preguntas y profundos descubrimientos. Mi hijo ya no estaba. De repente, recuperaba un tiempo para mí. Entraba y salía de casa sin horarios. Podía leer y pintar durante horas, profundizar mi vínculo con el yoga, hacer talleres de escritura y, sobre todo, afianzar mis contactos con la instrucción esotérica y espiritual.

Mezclé lo que había aprendido durante toda mi vida y comencé a dar clases de canto. De pronto, me llené de alumnos y hubo momentos en los que llegué a ofrecer cuarenta horas semanales de clases. Practicaba mi repertorio y me grababa en el grabador Bifonic que Nito me había traído de los Estados Unidos. Mi voz creció y mi capacidad interpretativa se desarrolló notablemente. Adquirí los elementos para tomar las riendas de mi arte y podía subir al escenario sin estar tomada por los estados de ánimo.

Al principio me iba a la cama con alguien, pero al tiempo me aburrí y preferí hacer enteramente la mía; cosas que nunca había podido sacar adelante, como quedarme despierta para jugar con las mancias, escribir, componer y grabar algunas cosas en mi portastudio.

En esa época conocí a un hombre que tenía un puesto de libros en Plaza Italia. Además de librero, el tipo era un melómano aficionado a la buena salsa —Rubén Blades, Willie Colón— y, sobre todo, un drogón de calibre. Algunas noches, después de cerrar su puesto, nos íbamos a su casa. Allí tenía su depósito, una biblioteca gigantesca al alcance de mi mano. Poníamos discos, tomábamos cocaína y cada uno entraba en su viaje. Yo recorría los estantes con el dedo índice y sacaba un libro. Abría en una página al azar y leía lo primero que encontraba. Luego repetía el procedimiento con aquel libro, con este otro y con el de más allá. Buscaba respuestas. Desesperadamente. “Acá debe haber algo —me decía—. O acá. O más allá, en ese libro del rincón”.

Era un diálogo interno que pronto derivó en una suerte de *libromancia*, un horóscopo, un juego, una magia. A veces, mientras estaba en ese trance, el tipo me buscaba para coger pero era inútil. Aunque me gustaba y ya teníamos una relación afectiva, la verdad es que cada uno estaba en la suya; yo en el plano de los libros, él completamente duro. El sexo no era posible. También había un fantasma que, adivino, sobrevolaba cada uno de aquellos momentos. Ser la ex de Charly García, descubrí con el tiempo, intimidaba a algunos hombres.

Alimentada por el combustible de la avidez espiritual y la cocaína, era capaz de pasarme tres días despierta leyendo un libro. Después volvía a mi casa, y al

día siguiente me sentía un monstruo. Culpable, afeada por la droga, completamente sola. Necesitaba un mes para recuperarme. Durante esos días volvía a imponerme una disciplina muy rígida. Me levantaba a las cinco de la mañana, hacía yoga y gimnasia; era vegetariana. Cuando daba mis clases de canto y hablaba con mis alumnos, me asombraban las palabras que salían de mi propia boca. Los libros no solo ampliaban el horizonte de mi léxico; también sentía que me cuidaban, me acompañaban. Llegado un punto, esa gravitación se me volvía en contra. Poco a poco dejé de salir porque tenía charlas con la gente y me aburría espantosamente. Mi conversación era con los libros.

Moro, Cutaia, Bazterrica y la Hormiga José Luis Fernández, gira por el interior de la Patria

A diferencia de lo que les sucede a muchos artistas, la cocaína no me daba un resultado social. Al contrario. Alimentaba una tendencia al aislamiento que, cuando llegaba al punto límite, trataba de resolver volviendo a la casa del hombre de los libros. Así, después de unos días de alondra (se dice de las

personas que son esencialmente diurnas), necesitaba soltar, romper y descargar. El ciclo recomenzaba una y otra vez. Vivía en una montaña rusa que ascendía rápidamente a la euforia, pasaba por períodos vibrantes de escritura y composición y, sobre el final, revelaba la cara de la decepción, de la mentira, del horror. No sé si todos los que alguna vez tomamos cocaína conocíamos el manual de instrucciones. “Tomás esto ahora pero a los diez minutos vas a querer tomar más y a los diez minutos más y luego un poco más. Así hasta las diez de la mañana”. Las famosas contraindicaciones.

¿Necesitaba semejante viaje para mover mi eje y que todo eso que había sujetado se quebrara de un golpe? Puede ser. La cuestión es que “me revolqué por la realidad” y lo pagué con un tiro en el alma.

Un buen día, una profesora de canto me entregó las llaves de salida. Me habló de Trigueirinho, el filósofo espiritualista nacido en San Pablo que, entre otras cosas, había fundado la Comunidad-Luz Figueira en el sur de Minas Gerais. Un lugar de trabajo espiritual donde, después de cuarenta días en medio del campo, empecé a darme cuenta de que podía hacer algo por el otro.

Al fin, después de tanta prueba y error, después de librar esa batalla entre el deseo, la acción, las emociones y la necesidad de funcionar aunque sea un poco en la organización social, pude encontrar la manera de mantenerme en calma.

Yo, “la atea”, también era de manual. Y abracé la cruz al amanecer.

16.

Asesina serial

“Cerré la puerta pero abrí…”.
Pienso que le gustaba que lo pase a visitar.

Yo también toqué timbre a las tres de la mañana y subí al séptimo piso para estar con Charly García. La diferencia, en todo caso, es que yo no me metía en la cama. Me sentaba en el piso.

Cuando estaba contenta y necesitaba aflojar un poco la estructura superrígida que me había autoimpuesto, caminaba las cinco cuadras que separaban mi departamento de su casa. Tocaba el portero y Charly me recibía con cariño. Lo escuchaba tocar y me mostraba sus canciones nuevas. A veces tomaba alguna de sus pinturas y me ponía a pintar con él, los dos rodeados por silencios suaves y tranquilos. Necesitaba poder disfrutar de Charly con otra cabeza. Mostrarle que yo también podía ser como una amante.

A veces le llevaba regalitos. Una vez, por ejemplo, le hice un compilado con escenas suyas en televisión. Apenas vio el video, salió corriendo.

—¡Qué miedo, qué miedo!

Eran sus temores atávicos. Sus paranoias. Cada vez que aparecía una carta documento en su buzón del correo, Charly la tiraba a la basura sin siquiera mirarla o dársela a algún abogado. Así, sin saberlo, se declaraba en rebeldía ante la ley y gatillaba todos esos procesos legales y juicios que han puesto en jaque su economía más de una vez.

Aunque mi situación nunca fue holgada, llegué a prestarle plata. También me banqué agresiones y asistí a cosas muy feas, como cuando apareció una chica diciendo que era su hija y su madre empezó a llamarme insistentemente por teléfono. Quería tomar clases de canto conmigo. El morbo de los años 90. Muchas veces, con mi moralina a cuestas, incluso le hice a Charly alguna advertencia.

—Ojo que esto sale caro —le decía.

—Sí —me respondía él—. Ya sé que sale caro.

Sentada sobre la alfombra del living, podía ver lo solo que estaba. En ese sentido, creo que mi presencia lo relajaba. Una vez me dirigió una mirada que interpreté naturalmente: “Sos una compañera”.

Para entonces yo vivía en un departamento de Agüero y Beruti, prácticamente a la vuelta de la casa de Charly. A veces volvíamos juntos de alguna fiesta y

compartíamos el taxi. Recuerdo, por ejemplo, una celebración en la casa de Rinaldo de la que volvimos a altas horas de la madrugada. Charly me miraba dispuesto a un poco más. Solo un poquito más. Pero yo siempre volvía a mi casa.

Una tarde, caminando por el barrio, me crucé con Isaac Lerer. Hacía mucho que no nos veíamos. Durante largos años, había sido una persona muy importante en nuestro desarrollo emocional. De modo que charlamos un buen rato y, en un momento clave de la conversación, me confió un secreto de terapeuta.

—A vos nunca nadie te quiso.

Ese dato, mencionado como al pasar, era un mazazo. Por fortuna lo recibía en un buen momento porque a esa altura estaba viviendo mi propio proceso de reconstrucción. Seguía con el yoga, retomaba los estudios de danza y buscaba otra sintonía a través del canto. Una persona canta porque tiene sensibilidad, una conexión importante con la música y un lindo timbre de voz, pero debe aprender que esa voz viene de algún lugar del cuerpo y del espíritu. Hacía trabajo comunitario, comía saludablemente y mantenía cierta distancia del ambiente y buena parte de su gente tóxica.

Poco a poco, retomé mi eje.

Desarrollé un método. Cada vez que me gustaba una canción, llamaba a un músico para que tocara esa música, lo grababa, y luego, sobre esa pista, preparaba mi parte vocal. Estudiaba la canción, trataba de asimilarla a mi estilo. Llegado el caso, entraba en mi repertorio. Así fui preparando un concierto con nuestras canciones de Carly Simon, Joni Mitchell, Carole King y aquel “Monday, Monday” de The Mamas & The Papas. Entre ellas había muchos temas que Charly siempre adoró, como “I Feel The Earth Move”. Miré la lista completa y sentí un impulso. Un rato después estaba en Coronel Díaz pegando la hoja con los nombres de las canciones en la pared de su living. No le dije una palabra y me fui.

Pocos días después recibí un llamado de Juan Alberto Badía. No había lugar para el titubeo; al día siguiente tenía que estar en Canal 7, más precisamente a las veintidós horas, preparada para hacer un minirecital con Charly García. Por supuesto, el repertorio era la lista de canciones que le había pegado en la pared. Nadie me explicó nada más. Mi plan original, pequeño y completamente íntimo, tomaba una dimensión inesperada. Quedé atónita. Llena de nervios, confundida.

La idea de cantar esas canciones con Charly me encantaba. Al mismo tiempo, me habría gustado ensayar un poco para no caer completamente cruda al *prime-*

time de la televisión. Junté valor para ir al canal y, tal vez a propósito, llegué un poco tarde. Medio en babia. En la puerta del canal me crucé con Charly, que se subió a una combi llena de gente que lo esperaba. Estaba enojado. Yo me volví a casa caminando muy tranquila. Cuando finalmente caí me quise matar; me había perdido una oportunidad única, una hermosa locura.

En el medio de la investigación para su libro sobre Charly, el periodista Sergio Marchi me pidió algunas fotos y yo decidí dárselas sin reparos. Un tiempo después, cuando se las reclamé, su respuesta fue simple.

—Las fotos se perdieron.

El registro de nuestro pasado, de un día para el otro, sencillamente se había “perdido”. Sentía, todavía entonces, una suerte de deuda con Charly. Con el tiempo logré entender que no era así.

“Me vestía mal, pero tenía buenas patas”.

¿Cómo podría resumirlo? Tal vez diciendo que yo hice por delante, sin caretear, lo que Charly había hecho por detrás.

Hay que llevar el sayo puesto. Se suponía que una señorita no hacía esas cosas.

Una vez, de hecho, quise explicarle lo que había pasado entre nosotros.

—No me interesa —me contestó.

Para entonces Charly estaba en pleno período Say No More. De alguna

manera, era una persona completamente distinta a la que yo había conocido. Toda aquella pasión concentrada en la música aparecía devastada por los canales del éxito. Dinero, mujeres, drogas. En el diámetro de su órbita, se había instalado su régimen. Mi capricho es ley.

Una vez fui a verlo y su casa estaba completamente sucia. En el centro de su habitación grafiteada, desde el comando central de la cama, Charly llevaba horas y días tocando guitarras y teclados con las piernas cruzadas. Enchufando y desenchufando. Me senté en el piso. Yo estaba más o menos bien, linda y serena. Sabía acoplarme a la situación —nunca pasaba más de una o dos horas— y a Charly le gustaba tenerme sentada a los pies de su cama.

—Ella es mi esposa —me presentó con orgullo frente a los que estaban en el departamento.

Cuando se produjo el regreso de Sui Generis tenía en mente la posibilidad de que cantar “Estación” con Charly y con Nito. Una canción hermosa (y muy difícil de interpretar). No estuve cerca de los preparativos ni de los ensayos, pero cuando llegó el día del concierto fui hasta la cancha de Boca. Como Horacio Nieto estaba detrás de aquel regreso, pasé al backstage para ubicarme al costado del escenario. La Bombonera estaba repleta. María Gabriela me encontró detrás de bambalinas y, con una mirada hostil, me dio a entender que el horno no estaba para bollos. Todo parecía indicar que no había onda. Sin embargo, cuando Charly bajó del escenario y me encontró recluida en los camarines, se quedó parado frente a mí con los brazos en jarra y una sonrisa. Ahí estábamos los dos, cerrando otro círculo de espaldas a la multitud.

Charly y Miguel, en ese momento, tenían un lindo vínculo. Unos años antes Charly le había comprado un departamento en el mismo edificio y Migue se había transformado en una especie de asistente. Fue una mejoría que duró poco. En realidad, esa situación allanó el terreno para la feroz pelea.

Como buena parte del país, yo atravesaba un período económico muy malo. Pasé alguna temporada comiendo únicamente arroz integral y, en un punto de 2001, llegué a robar una milanesa en el supermercado. Pese a todo, logré sacar adelante un disco independiente llamado *Asesina serial*.

Poco después, Charly me dio un CD-R que tenía una sola canción. Llegué a mi casa, lo puse en el equipo de música y le di *play*. Lo interpreté como un mensaje. El tema se llamaba “Asesíname”.

17.

Bienvenida a casa

Veo que yo siempre le ponía onda a las fotos, ¿dónde aprendí eso? Misterio.

—Mecha, yo soy María Rosa.

Así me presenté frente a la nueva pareja de Charly. Estábamos en el evento de INAMU donde se anunciaba la recuperación de los discos del sello Music Hall.

—Pienso que sos una genia.

Fue mi manera de decirle *Help!* Mecha lo entendió perfectamente. Desde entonces se encendió una luz. Al principio fue muy tenue. Con el tiempo es cada vez más grande y nos ilumina a todos.

Charly y Miguel están nuevamente comunicados, cada uno en un piso de la avenida Coronel Díaz, y yo respiro otra vez. Todo bajo la cálida protección de Mecha y la presencia de Marcela, la mujer de Miguel. Las dos allí, iluminando todo.

En septiembre de 2016, las piezas se acercaron incluso un poco más. Raúl Porchetto se preparaba para celebrar su trayectoria en el Teatro Coliseo y logró reunir a PorSuiGieco. En los camarines, algunos episodios me produjeron una suerte de *déjà vu*.

El pasado, pienso, es cosa del presente.

Nito, por ejemplo, sigue cerrado conmigo. Lo entiendo. Me porté un poco mal con él. Fui muy desprolija. Es un tipo noble y honesto que dejó de relacionarse conmigo porque se sintió herido. ¿Cómo no voy a comprenderlo? No puedo hacer más que agradecerle su honestidad.

Charly, por su lado, ya tenía las canciones de su disco *Random.* Se las mostraba a todos los que se acercaban a saludarlo. Willy Iturri, Juanse, algunos periodistas. Cuarenta años atrás, hacía exactamente lo mismo. Cruzaba las piernas, compartía su música nueva y, mientras movía permanentemente la pierna con una ansiedad incontrolable, todo el mundo se reunía a su alrededor.

La mayor parte de los artistas populares prefieren no exponerse. Les cuesta mucho salir a la calle. Charly, en cambio, no tiene problemas con eso. Camina entre la gente en el estado en el que se encuentre. Saluda a todos. Posa para las fotos. Es impresionante pero es la pura verdad.

Charly García está sostenido por el amor de su público. Por nuestro amor.

Cuando hace un tiempo anunció sorpresivamente un concierto llamado “La

Torre de Tesla”, las entradas se agotaron en una hora. El día del show traté de juntar algo de valor y bajé a la calle. Empecé a caminar los pocos metros que separan mi casa —que fue la casa de mis viejos— del Teatro Coliseo. Antes de cruzar la avenida 9 de Julio decidí volver sobre mis pasos. La ansiedad en la puerta del teatro había gatillado una catarata de recuerdos. Llegué a mi casa y me acosté, rodeada de cajas de cartón y recuerdos. La casa ya está vendida. Tengo que mudarme.

De repente comenzaron a bajar cientos de imágenes. Ahí estamos, metidos en la cocina con la guitarra criolla, dibujando en el suelo de esta vieja casa de estilo francés en el barrio de Retiro. Ahí, donde está mi cama *single*, estaba la cama matrimonial donde tuvimos sexo por primera vez. El encuentro inicial. Puedo vernos, jóvenes y desnudos, celebrando la fortuna de cruzarnos en el momento justo.

18.

Una voz

“Navidad en el cielo, Bubulina se llevó mi amor, el tiempo exacto entre los dos, nunca murió”.

Tal vez alguien se pregunte si finalmente pude conocer el amor. El amor no sé. La pasión sí.

Fueron encuentros, momentos que con apenas un roce te erizan la piel. Es cierto que gozar es tan parecido al amor. Cuando salió su disco *Cómo conseguir chicas* le comenté a Charly que esa canción, “Fanky” (que estaba sonando mucho en la radio y también era la música del programa de televisión de Gasalla), me parecía muy buena.

Con su peor cara de Say No more, me contestó:

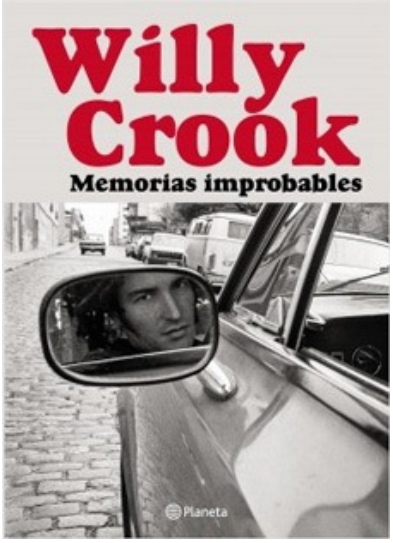
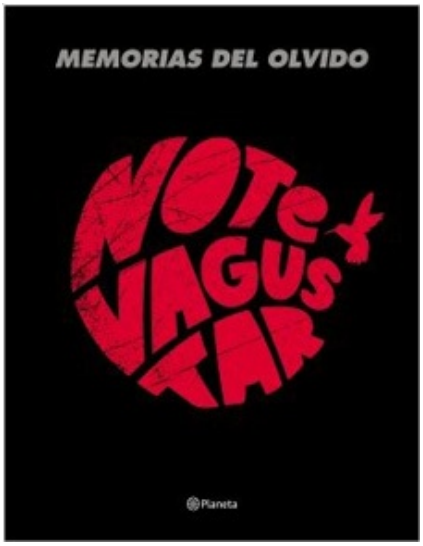
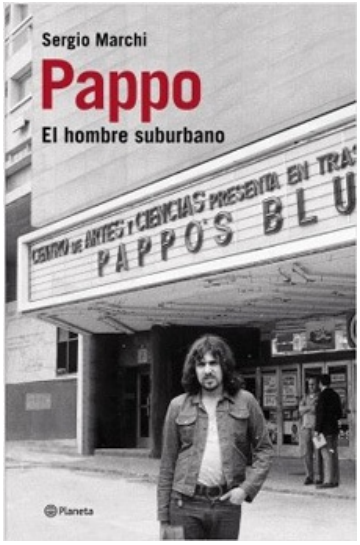
—A mí no me gusta.

Yo te amaba esperando que me dieras
un camino a seguir. Pero en tus ojos
solo vi cuatro muros y una espera.
Y esperé encerrada hasta que un grito,
que venía de afuera, me rogaba
que saltara ese muro, presagiaba
mi muerte en ese útero maldito.
Tuve miedo, la luna se movía
anunciando fatalmente la mañana
y la voz como un mantra repetía:
“un alma que a otra encierra no es humana”.
Tomé impulso y salté como una fiera
y eras vos quien gritaba desde afuera.

Quiero agradecer a…

Alberto Yorio, por el salvavidas.
Dra. Lucrecia Rebori, por la cura.
Hernán Bruno Díaz, por los archivos que guardó amorosamente.
Marcelo Lagomarcino, compañerito del Coro Nacional de Niños.
Roque Di Pietro, porque me propuso este mamotreto.
Rubén Andón, por su cámara fotográfica curiosa y eterna.
Guido Spina, compañero pianista en mis shows.
Futurock FM, radio online, por la docencia.
Trigueirinho, filosofo espiritualista
que me salvó de morir de parto no físico.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

¿Te gustó este libro? Te recomendamos...